

Edición

89

septiembre 2025

Directo Bogotá

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Comunicación y Lenguaje

Distribución Gratuita

Especial:

La noche





Fotoensayo



Encuentro nocturno.
Foto: Alejandro Ballén Lobo.
a.ballenl@javeriana.edu.co



Director

Julian Isaza Niño

Asistente editorial

Alejandro Ballén Lobo y Manuela Cabezas Gómez

Reporteros en esta edición

Manuela Cabezas Gómez, Noëlle Maquinay Villate, Jessica Sofía Rovira Gómez, Paula Sofía Rodríguez Bolívar, Heidi Johana Preciado Guzmán, Andrea Karyme Ramírez Mendoza, Salomé Ortiz Jaramillo, Fabiana Quintero Palencia, Julián Sánchez Cardozo, Rossana Yacelly Acosta, Isabella Salazar Serrano, Saray Juliana Ortega Mendoza, Daniela López Orozco.

Portada y contraportada

Bianca Ferrari Parra
biancamferrari@javeriana.edu.co
@bi_croma

Fotoensayo

Alejandro Ballén Lobo
a.ballenl@javeriana.edu.co

Caricatura

Paula Sofía Rodríguez Bolívar
psofiardrodriguez@javeriana.edu.co

Diseño y diagramación

Lida R. Chaparro
lidaroco@gmail.com

Corrección de estilo

Gustavo Patiño Díaz
correctordeestilo@gmail.com

Decano de la Facultad de Comunicación y Lenguaje

Juan Ramos Martín

Director de la Carrera de Comunicación Social

Mauricio Montenegro Riveros

Director del Departamento de Comunicación

Simón Calle Alzate

Informes y distribución

Transversal 4 # 42-00, piso 6
Teléfono: (601) 320 8320, ext.
Escribanos a: directobogota@javeriana.edu.co

Consulte nuestro archivo digital en la página:

www.issuu.com/directobogota



La noche

- 02 | Editorial
- 03 | El empresario de la noche bogotana
- 08 | Una vida de pie
- 13 | La maestra que dirige lo que el público no ve
- 18 | El arquitecto del espacio
- 23 | Un sueño colombiano llamado Arturo Calle
- 26 | Cuando el día se apaga, ellos trabajan
- 31 | Cinco paradas electrónicas
- 35 | Recuerdos de otros lugares que laten en Bogotá
- 40 | ¡Suelta el bongó!
- 45 | En los tacones de Glory
- 49 | Vidas en recuperación
- 54 | Estiwar G: la voz de la sazón callejera
- 58 | La fuerza detrás de una gran historia
- 64 | Caricatura

BUENAS NOCHES

Julian Isaza
Director

Somos animales diurnos, pero hemos aprendido a disfrutar de lo nocturno. Los antropólogos sugieren que esa fue una costumbre adquirida. Es decir, en nuestros inicios como especie, la noche era territorio extraño y peligroso. La penumbra traía consigo riesgos, y los riesgos desencadenaban el temor a la oscuridad que aún perdura grabado en nuestros genes.

Sin embargo, ese miedo a las tinieblas, aunque nunca desapareció, fue cediendo conforme avanzamos y conseguimos dominar algunos de los elementos. No es difícil imaginar a los primeros humanos reunidos alrededor de la hoguera, que con su lumbre rompía la oscuridad y ofrecía cierta seguridad, compartiendo un momento en comunidad. Quizá disfrutando de la compañía mutua e, incluso, celebrando sus victorias en un mundo hostil.


Con la llegada de la electricidad, la posibilidad de colonizar la noche y encontrar en ella un momento para el esparcimiento se amplió sin las limitaciones del pasado. Las ciudades se iluminaron, las calles se poblaron, los lugares que ofrecían algún tipo de entretenimiento nocturno se multiplicaron, el comercio

se expandió a horas que antes estaban destinadas al sueño. El mundo cambió. Y la gente también lo hizo.

Entre el atardecer y el amanecer floreció una manera distinta de habitar la ciudad: aparecieron nuevos puestos de trabajo, el ocio amplió sus posibilidades, los negocios pulularon, las expresiones artísticas también encontraron terreno fértil para llegar a un público más amplio.

En ese sentido, la noche, que aún es misteriosa y a veces intimidante, ofreció una cara distinta, ligada al placer, al tiempo libre, a la experimentación, pero también al trabajo, a las oportunidades, a la oferta y a la demanda.

Hoy dedicamos esta edición a explorar ese momento en que el sol se oculta y los focos se encienden. Esas horas en las que la penumbra y las luces de neón se conjugan para configurar un tiempo extra que, a menudo, dedicamos a vivir la vida de una manera distinta, quizá más lúdica.

Como siempre, la invitación es que recorran nuestras páginas, mientras les damos la bienvenida y les deseamos que pasen una buena noche. 

En las últimas décadas, la vida nocturna bogotana ha cambiado radicalmente, y parte de esa transformación lleva el sello de Andrés González. Lo que empezó para él como una salida con amigos de fin de semana, hoy es un imperio del entretenimiento con huella en Colombia y más allá, bajo el nombre de Evedesa Group.



Andrés González

El empresario de la noche bogotana

Texto: Manuela Cabezas Gómez
mcabezasg@javeriana.edu.co

Fotos: Cortesía de Andrés González

Andrés González es, para muchos, el arquitecto silencioso de la noche bogotana. Empresario visionario y fundador de Evedesa Group, ha sido una figura clave en la consolidación de un circuito nocturno diverso, profesional y seguro en la capital. Su paso del mundo del *fitness*, como socio de Bodytech, a los bares y discotecas no fue un salto al vacío, sino una apuesta estratégica por un sector históricamente informal, al que le imprimió estructura empresarial, sensibilidad cultural y responsabilidad social.

Con varios establecimientos entre Colombia y Estados Unidos —como Casa Matilde, Zoonorama y Bambulé, en Bogotá; Casa D en Cartagena, y Furia, en Miami—, González es

Clientes disfrutaban una noche de karaoke en uno de los bares del grupo, una muestra del ambiente que promueve Evedesa.

una voz autorizada cuando se habla del presente y futuro de la rumba en Bogotá.

En esta entrevista, González habla de los orígenes de Evedesa, de su impacto en la cultura nocturna bogotana y de cómo la empresa ha sabido adaptarse a los cambios sociales y tecnológicos. También aborda los desafíos que ha enfrentado, especialmente durante la pandemia, y ofrece una mirada al futuro de la vida nocturna en la ciudad.

Directo Bogotá (DB): ¿Cómo nace el grupo Evedesa?

Andrés González (AG): El grupo Evedesa nació hace exactamente 20 años. Yo soy empresario y antes de ser dueño de Evedesa era dueño de Bodytech, pero quería emplearme también los fines de semana, porque sentía que no estaban

siendo productivos. Unos amigos me invitaron a una fiesta en el centro de Bogotá que estaba completamente llena, con gente muy linda, y les propuse montar un bar: yo ponía el dinero y ellos la gente, íbamos mitad y mitad.

Ya me habían mostrado un sitio en el Hilton para montar un gimnasio, el *rooftop* del piso 42, y pensé: "El que monte un bar acá se vuelve rico, ¿por qué no lo hago yo?". Así que decidí hacerlo yo mismo y monté un club de música electrónica, Cha Cha Club. Ya tenía la gente, tenía todo. Y así comenzamos. Éramos cuatro socios, luego uno se retiró, entró otro, y después se sumaron dos más. Hicimos alianzas con gente dura en el tema y luego incluimos a algunos empleados talentosos como socios. Así nació Evedesa.

DB: ¿Qué impacto ha tenido Evedesa en la transformación de la vida nocturna bogotana en los últimos años?

AG: Hace unos diez años somos el número uno en Colombia en el canal *on trade*; es decir, donde se abre y se consume la botella en el mismo sitio (clubes, restaurantes, discotecas, hoteles). Nosotros empezamos la empresa en el 2004, pero abrimos el primer sitio, Cha Cha, en el 2005, o sea hace 20 años. Y yo me retiré de Bodytech en el 2010 al ver el potencial de este negocio. Decidimos formalizarlo completamente, porque el 90 % de los negocios en esta área son informales. Pusimos empleados, impuestos, procesos y departamentos organizados, como en cualquier empresa sería. Y actualmente tenemos 16 sitios en Colombia y 3 en Miami. Así que el mayor impacto ha sido organizar y profesionalizar un sector tradicionalmente informal.

DB: ¿Qué valores o características cree que definen la vida nocturna en Bogotá?

AG: La vida nocturna en Bogotá es indispensable porque debido al clima, las lluvias y la inseguridad no hay mucha posibilidad de hacer actividades *outdoor*. Entonces esta es una ciudad con mucho voltaje y velocidad, se necesita esparcimiento nocturno para las personas. Muy poca gente tiene acceso a clubes donde pueden hacer deporte y vida social el fin de



semana por costos o por cupos. Entonces a la gente le queda la vida nocturna como forma de esparcimiento y de diversión, como buenos restaurantes, bares y discotecas.

Nosotros aquí en Colombia estamos, para bien, lejos de la ciudad latina. Obviamente Argentina tiene el Pacha, una megadiscoteca, pero digamos que los bares son más pequeños, y estamos lejos de todos ellos. O sea, aquí estamos muy bien: la gastronomía en Bogotá es increíble y excelente, encuentras cualquier cantidad de alternativas, una mejor que la otra.

DB: ¿De qué manera los clubes, bares o espacios de Evedesa han impulsado expresiones artísticas o musicales locales?

AG: Muchísimo. Nosotros, por ejemplo, tenemos varios espacios dedicados al vallenato, como Matilde Lina, Casa Matilde y La Cava de Matilde. Y cada uno de estos sitios representativos tiene un estilo y género vallenato diferente: Matilde Lina es para bailar, Casa Matilde es para escuchar vallenato fuerte y chévere, y La Cava es más bohemio, como más romántico. Y ahí aparecen muchos políticos, mucha gente adulta y amantes del vallenato, es increíble.

También apoyamos el reguetón, que ya es casi colombiano por todos los artistas que nos representan. En Cartagena están surgiendo nuevos géneros como *afroglam* y *dancehall*, y tenemos sitios para eso donde la gente es totalmente diferente. Hay sitios como 440, donde se pone música del mundo latino: salsa, vallenatos y reguetón, entre otros. Y cada lugar tiene un público distinto según estrato y edad, lo que nos permite impulsar muchos estilos musicales y expresiones locales.

DB: ¿Qué papel cumple la tecnología o la innovación en la experiencia que ofrecen sus establecimientos nocturnos?

AG: La tecnología es total. Cada vez salen mejores equipos y uno tiene que estar a la vanguardia: equipos de sonido con mayor definición, que te permite hablar con un volumen alto y sientes el sonido en el pecho. Y las luces ahora son mucho más avanzadas, ya no es el láser que uno veía haciendo figuritas, ahora es una vaina espectacular, pero vale mucha plata.



El actor Jorge Enrique Abello en uno de los lugares y eventos del grupo Evedesa.

Y la tecnología en *software* también. Contamos con unos que nos permiten ver ventas en tiempo real desde donde sea, manejar nómina, etc. La tecnología es fundamental.

DB: ¿Ha tenido que adaptar la oferta de Evedesa a los cambios generacionales o a nuevas formas de socialización nocturna?

AG: Sí, precisamente por eso después de muchos años entendimos que el negocio no puede perdurar en el tiempo si uno no hace un cambio generacional. Tenemos sitios como Monarca para jóvenes entre 18 y 21 años, y ya con 21 años pasan a sitios como Bambulé o Casa Donovan para más grandes, pero siempre estamos buscando el nicho específico para cada uno de los bares.

No podemos pretender que un bar perdure en el tiempo cuando los que empezaron a ir tenían 20 años y ahora tienen 40. Aunque hay casos como el de Matilde que, como es un tema cultural, la gente sigue yendo aunque pasen los años. Es multigeneracional y siempre va a

Nuestra
responsabilidad
no termina en
la puerta de
nuestros sitios,
sino cuando el
cliente llega
a casa

El mayor
impacto ha sido
organizar y
profesionalizar
un sector
tradicionalmente
informal

Bogotá se ha
constituido en una
de las ciudades
latinoamericanas con
mayor oferta para la
vida nocturna.

existir. Los pelados que tenían 20 años y hoy tienen 40, siguen yendo. Y los que tenían 40 y hoy tienen 60 siguen yendo, porque encontramos ahí un nicho donde quieren vivir la experiencia del vallenato.

DB: ¿Qué estrategias han implementado para minimizar el impacto ambiental de la vida nocturna?

AG: El principal impacto ambiental de nuestra empresa es el ruido. Todos nuestros sitios están en zonas permitidas de alto impacto, sin vivienda cercana, donde las oficinas trabajan hasta las seis de la tarde y solo abrimos de jueves a sábado. Entonces, digamos que no es constante y lo abrimos en la noche. Por eso nunca entramos a pelear con gente de la zona. Y donde hay vecinos, de una manera muy responsable hacemos un aislamiento acústico muy costoso pero necesario, nos evitamos problemas.

En cuanto a basuras, el tema es bastante grave en este negocio, porque la basura es exagerada. Empieza a salir basura en un lapso desde las 10 de la noche hasta las 3 de la mañana.



Así que cada sitio tiene su cuarto de basuras para evitar sacarlas a la calle y que los recicladores las rieguen, porque no solo incluye botellas, sino también comida.

DB: ¿Cómo manejan el consumo responsable de alcohol, la movilidad nocturna y la seguridad de los asistentes?

AG: Para nosotros es un tema clave, es lo más importante. Nuestra responsabilidad no termina en la puerta de nuestros sitios, sino cuando el cliente llega a casa. En 20 años, gracias a Dios, solo hemos tenido dos incidentes graves: los casos de Colmenares y Fabián Herrera. Colmenares sale de uno de nuestros sitios temprano, a las once de la noche, sin estar borracho, y pues... pasó lo que pasó: murió. Y en el caso de Fabián Herrera, salió de nuestro sitio a las tres de la mañana, cogió un taxi y lo mataron.

Esta ciudad es demasiado peligrosa y esos, desafortunadamente, han sido los dos casos graves, y lo lamentamos mucho, junto con los casos en la calle con escopolamina, paseos millonarios y esas cosas que se nos salen de las manos. Entonces lo que nosotros hacemos es tener unos taxis autorizados en la puerta, personal de seguridad pendiente y promovemos el uso de Uber, que nos ayuda muchísimo. Hay gente a la que no le gusta y que se ponen bravos, pero es nuestra responsabilidad.

Y con respecto al consumo, somos muy estrictos, especialmente con mujeres, porque son demasiado vulnerables. Claro que tenemos que vender, pero siempre estamos pendientes. Si alguna se pasa de tragos, la cuidamos hasta que se recupere o la recoja alguien responsable: algún familiar, amigos responsables o el novio. Ninguna mujer se va sola ni desprotegida. Y, por eso, gracias a Dios no hemos tenido ningún problema en esa área.

DB: ¿Cuál ha sido el mayor desafío para mantener vivo el sector nocturno en contextos de crisis, como la pandemia o los cambios normativos?

AG: La pandemia fue lo más duro, ese fue casi el fin de Evedesa. El presidente Duque dijo que abríamos en 18 meses, lo cual nos obli-

gó a cerrar y entregar locales. Algunos arrendadores nos ayudaron, otros no. Afortunadamente, luego salió un decreto en el que si no nos poníamos de acuerdo, podíamos entregar sin penalidades. Tuvimos que entregar dos locales que nos estaban pidiendo, pero gracias a Dios teníamos seis locales propios y otros que nos colaboraron.

Pero no había nada más, teníamos 800 empleados en ese entonces y al ver que la cuestión no tenía futuro, muchos renunciaron para cobrar su liquidación. Afortunadamente, nosotros somos muy juiciosos con el tema financiero, teníamos caja y no debíamos plata. Entonces nos dio para pagar como 200 millones de pesos en liquidaciones. Luego, pasados unos meses, nos dieron la posibilidad de empezar a abrir con un aforo bajito.

Lo otro difícil con respecto a los cambios de las normativas son los horarios. Yo digo que después de las tres de la mañana pasan cosas malas: la gente con ganas de más se va a rumbas clandestinas, y ahí es donde pasan todas las porquerías. Hoy nos dejan hasta las cuatro, lo cual está bien porque la gente termina y se va para su casa. Además, cerrar durante la noche afecta ingresos de la ciudad. Así como se mueve el día, se mueve la noche.

DB: ¿Qué papel quiere que cumpla su compañía en la vida nocturna de Bogotá en cinco o diez años?

AG: Nosotros somos el grupo más importante que tiene Colombia. Todas las decisiones que tomamos son en equipo y siempre estamos su-
perpendientes de lo que pasa con la vida nocturna en Bogotá. Y lo que yo preveo es que la oferta va a estar saturada. Muchos empresarios de Medellín están viniendo a montar sitios acá. O sea, el paisa es empresario de sangre y la expansión para ellos es vital.

Pero Bogotá no es turística, es una ciudad de gente local, entonces los locales tenemos ventaja porque entendemos el mercado. Muchos negocios de afuera no han funcionado acá porque Bogotá no tiene la capacidad para albergar tanto. En cinco años habrá demasiadas opciones, lo que bajará la facturación. Algunos aguantarán, otros no.



DB: ¿Qué lo motiva personalmente a seguir apostando por la noche como escenario de encuentro?

AG: A mí lo que más me motiva son mis empleados y mis socios, además de moverme y sentirme activo, por más de que sea un trabajo intenso y estresante. En este momento tenemos 900 empleados, muchos no calificados, que se pagan su universidad trabajando de noche o que tienen dos trabajos, y esto les ayuda porque es muy bien remunerado. Todos ganan bien, nadie gana el mínimo, siempre es más. Es una familia, se vive feliz acá trabajando y muchos llevan más de 15 años con nosotros. Y ese es el aporte que le hacemos a la sociedad. **DB**

Los eventos de los bares de Evedesa atraen a personalidades y artistas como el cantante Andrés Cabas (izq).



Una vida **de pie**

Ismael es un hombre que sonríe, que se levanta temprano para ir al trabajo y que prefiere ver la vida con optimismo, a pesar de todos los desafíos. Él es vigilante en uno de los edificios de la Universidad Javeriana y, aunque muchas veces pasa inadvertido, tiene una historia cargada de dignidad, esfuerzo y dolor. Él, como tantísimos otros, es víctima del conflicto, sobreviviente de nuestra violencia, pero, ante todo, es un hombre que no pierde la esperanza.

Texto: Noëlle Maquinay Villate
noellemaquinay@javeriana.edu.co

Fotos: archivo particular

Ismael sonríe. Sonríe siempre que alguien cruza las puertas de vidrio del edificio en el que trabaja. Al visitante lo ayuda, lo mira, lo saluda y le desea buena mar y buenos vientos. Con frecuencia le pregunta cómo le fue o cómo está y, con esa sonrisa con que lo recibió, lo despidió. Ismael porta el uniforme: siempre con la gorra ligeramente cuadrada, la chaqueta con la cremallera cerrada que lleva su nombre “Ismael Pardo A.”, y su insignia: una sonrisa de oreja a oreja.

En una mañana fría, me confiesa cuál es su secreto: que uno siempre vuelve a donde fue feliz. “Uno siempre va a ir a donde lo consienten, entonces yo siempre les digo a los muchachos: ‘Primero que todo, lleguen contentos, no entren con esa cara de pistola porque ustedes no van a hacer nada con eso, entren alegres. Y, cuando ustedes entran así, a mí me da la alegría también’”. En efecto, así es siempre. Los problemas no los trae al trabajo, “yo pongo aquí en práctica lo que le digo: deje en otra parte su chicharrón y entre aquí sonriente para que usted pueda darle una alegría a otra persona”.

Ismael lleva ocho años trabajando con la empresa de vigilancia Visan. De esos años, pasó cuatro en el edificio de Odontología de la Universidad Javeriana y en los demás ha ido rotando. Actualmente está en el Centro Ático, donde lleva apenas cuatro meses en los que se ha instalado bien. Durante este tiempo, que agradece con el corazón, sus semanas se han organizado en turnos: dos diurnos, dos de descanso y dos nocturnos.

Cuando el turno es de día, la jornada comienza a las 3 de la mañana. Un tintico, el uniforme y, faltando 25 para las 4, sale para la estación con la esperanza de llegar a las 5 de la mañana para recibir el puesto. Después llegan los 15 minutos del desayuno y los 30 minutos del almuerzo, los únicos que tiene para estar

sentado. El resto del tiempo lo pasa de pie, hasta que son las 6 de la tarde, hora en la que emprende el camino a casa, atravesando la ciudad, desde la carrera séptima con calle 40 hasta el municipio vecino, Soacha. Los domingos —comenta— es más difícil, sobre todo porque la ciudad se pone más insegura. Cuando el turno es de noche, la rutina es un poco distinta. Al terminar las dos jornadas nocturnas, el siguiente día es para descansar y recuperar el sueño perdido. Por eso, cuando llega la mañana del día libre, que también comienza con un tinto, suele darle un paseo a Miel, su perrita, porque si no la saca, se pone triste. A las 5 de la tarde sale a comprar el pan para el desayuno y a preparar el almuerzo. A las 10 u 11 de la noche se acuesta y la rutina vuelve a comenzar. Así pasa los días, compartiendo apenas unas pocas horas del día con sus dos hijas, Karen Lorena e Ingrid Brigitte, que viven con él y que actualmente estudian en el Sena.

A los ocho años Ismael aprendió a trabajar. Creció en una finca en Tocaima, donde se cultivaba caña de azúcar, tabaco y fruta. Allí vivió hasta los 20 años, cuando se mudó a Bogotá. Al recordar su infancia me lo imagino junto a sus dos hermanos, sacando bagazos de caña. Su papá —me dice—, los levantaba cuando aún estaba oscuro para que comenzaran a trabajar. Cuando amanecía, emprendían el rumbo al colegio La Cumbre, atravesando los cerros tanto de ida como de vuelta. Luego, al llegar a la casa, se preparaban algo de comer, usualmente una sopa de arroz, y le dejaban un plato a su mamá, quien regresaba de trabajar en la plaza de mercado a eso de las diez de la noche.

A las seis de la tarde, las puertas se cerraban, no podían salir más. Era peligroso.

“Los paracos cogían a los muchachos, se los llevaban y los trituraban con la motosierra. Les



Ismael lleva
ocho años
trabajando
como vigilante



Ismael vivió en Tocaima hasta los 20 años

quitaban los bracitos, los cortaban y todo iba a un hueco allá en el campo, en la zona de San Gabriel, en Viotá”, narra.

Por eso ellos se quedaban guardados en la casa, pegados a la radio esperando el nuevo día. En esos momentos, en los que la mamá salía a trabajar y el papá también, Ismael y sus hermanos eran los encargados de la casa. A las hermanas las mandaban a la casa de los abuelos para que estuvieran seguras. “Para qué, pero en ese sentido mamá cuidaba mucho las chinitas”.

Cuando no había trabajo con la caña, salían a trabajar en otra finca para aportar a la casa. Y cuando descansaban, lo mejor siempre era salir a jugar fútbol con el papá, aprender algo nuevo o hacer cualquier otra cosa, pero siempre detrás de él. “Cuando fui creciendo, todo fue bonito porque estábamos al lado de mi papá”, recuerda.

El fútbol tenía algo especial, sobre todo en esas tardes en las que jugaban en canchas de tierra y arcos de piedra. Goles, risas, y corre-

teos: pura felicidad. Ismael también cuenta que fue a los siete años cuando se volvió hincha de Millonarios, pues en esa época se la pasaba escuchando los partidos del equipo por la radio, el único recurso que tenían en el campo. Hoy, en Bogotá, todavía se pone la camiseta para ir al estadio. Se pinta la cara con los colores blanco y azul y, cuando puede, juega.

Cerca de la puerta, un sol de media tarde ilumina los pasillos del primer piso del Centro Ático. La luz se cuela por las ventanas y dibuja sombras en el suelo. Es sábado, no hay muchas personas y los que estaban arriba ya salieron. En la primera planta solo estamos los dos y la memoria difusa que flota en el aire con las palabras de Ismael, quien recuerda esos momentos en el campo. Aunque su mirada se torna nostálgica, la alegría no deja de estar ahí. Le pregunto más sobre su papá.

José Guillermo Pardo Pinto era un hombre de estatura mediana, tez morena, pecas, pelo

negro, bigote marcado y una mirada melancólica. Ismael recuerda su honestidad, el respeto y la humildad. Tres aspectos que heredó. Sin embargo, el hueco que dejó su pérdida hace más de 30 años todavía no se llena. El susurro incesante de su desaparición no dejó pistas ni rastros, solo ausencias, preguntas y heridas sin sutura.

“Cuando mi papá estaba en la finquita, eso le tocaba llegar y pegar la carrera al monte. ¡De una al monte! Él tenía por allá donde quedarse —cuenta Ismael con la voz entrecortada—. Pero es duro llegar y ver al papá esconderse y uno esperando asustado, a ver a qué hora volvía, porque en ese tiempo lo que hacían era buscarlo. Y a uno también lo podían coger y llevárselo”, recuerda.

Al recordar a su “Taita”, a Ismael le cambia la mirada. Su voz carrasposa ya no sale con facilidad, sino que parece atrapada por un nudo de dolor inmenso.

Le pregunto si tiene fotos de él. La respuesta es categórica: “No, de él no quedó nada”. Luego lo piensa y dice que a lo mejor algún familiar tal vez conserve algo. Dice que va a preguntar y luego cuenta que la familia se repartió por otros municipios y ciudades después de la desaparición de su padre, que dejó más dudas que claridades. Nunca supieron quiénes ni cómo se lo llevaron.

“Desde que mi papá desapareció, duré mucho tiempo sin ir, como unos cuatro años, porque me dolía llegar allá y no poder encontrar a papá un diciembre. Ese era el momento más complicado de la vida”, dice.

Su madre, una mujer de 75 años, vive en Viotá con el hijo menor. Por ahí, dice Ismael, todavía hay una casita de la familia Pardo, la de su lado paterno, y la familia Hernández, del materno, en Tocaima. Sin embargo, al igual que la desaparición, de la finca en la que creció trabajando en la caña, jugando fútbol y pasando las tardes escuchando la radio, queda poco. El Estado, en un intento de reparación de víctimas, le puso el precio a esa tragedia y entregó 26 millones de pesos: 10 para la mamá y 16 para los hijos, a los cuales les correspondieron 2 millones por cabeza.

“Imagínese, eso es lo que vale la desaparición de una persona, como si la vida fuera... No vale nada —resopla Ismael con la cabeza gacha—. Y ahora, lo que yo estoy haciendo es esperar a ver si un día nos pensionamos, que Dios nos socorra”.

Un jueves a las dos de la tarde, siento la vibración del celular al recibir un mensaje: el señor Ismael me envía unas fotos. Dentro del paquete virtual hay algunas fotografías de él más



Hace más de 30 años, su padre fue víctima de desaparición forzada y, hasta el día de hoy, no han tenido noticias de su suerte



Apenas quedan algunas pocas imágenes de la vida familiar de Ismael en Tocaima.

Según el Centro Nacional de Memoria Histórica, en los últimos 50 años, al menos 80.000 personas fueron víctimas de desaparición forzada

joven, una de su madre con sus dos hermanas —por lo que intuyo— y una con sus dos hijas. Sin embargo, no hay de su padre. Al dejar el campo, Ismael no trajo más que la desolación y la tristeza que la desaparición de su padre dejó. Ni una fotografía, una prenda o algún recuerdo más.

“Empezando el 89, que era cuando el pueblo estaba lleno de paracos, comenzaron a desaparecer a toda la gente de la UP [Unión Patriótica]. En eso cayó Jaime Pardo Leal. Mi abuelo era primo segundo de él. Y entonces, cuando mi papá desapareció, mi abuelo murió de pena moral”.

José Guillermo Pardo, había pertenecido con anterioridad al Partido Comunista. Después de la firma del acuerdo de Uribe (Meta), el 28 de mayo de 1985, se lanzó oficialmente la Unión Patriótica, partido que recibió apoyo del Partido Comunista y que, según Ismael, fue donde su padre participó activamente.

“Él, siendo concejal de la UP, iba para una reunión en Apulo, Cundinamarca. Allá era la central del partido. Entonces, cuando salió, dicen, no sabemos, llegaron unos carros y se lo llevaron. Nunca más supimos de él. Nunca supimos qué pasó, para dónde cogió, para dónde lo llevaron. Nada”.

Luego de su desaparición, Ismael decidió irse a Bogotá, donde un tío materno lo recibió.

—Yo me vine por el aventurazo. De tristeza. Cuando usted está al lado de su papá que, para uno que es hombre, es él el que le enseña cosas, le enseña cómo trabajar, le enseña qué hacer... Pero cuando falta esa cabeza, uno se siente desorientado, uno no sabe para dónde coger, qué hacer.

De acuerdo con el Centro Nacional de Memoria Histórica, de 1970 al 2018, 80.000 personas fueron víctimas de desaparición forzada. La Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) estableció que 5.733 personas fueron asesinadas o desaparecidas en ataques dirigidos contra el partido de la UP, entre 1984 y el 2016. Hoy, 36 años después, Ismael sigue esperando una respuesta. Con su uniforme de vigilancia y su dulzura, me lo dice con esperanza a pesar del dolor y del tiempo:

“Qué duro es para uno no haber visto a su papá para poder meterlo entre un cajón. Es que cuando los desaparecen, pues uno no sabe nada. ¿Qué le pasó?, ¿dónde lo botaron?, ¿qué hicieron con él?, ¿pa dónde lo llevaron? Eso se le mete a uno en la cabeza. Es muy duro, muy duro, porque todos en ese momento nos pusimos a buscarlo por todo lado. Por los pueblos, por los campos, a ver qué había pasado. Nunca lo encontramos. Nunca, nunca. Lo perdimos”.

Al igual que Ismael, en el país hay muchas personas que continúan esperando a pesar de los dolores, la tristeza o el cansancio. Porque la esperanza de ser recordado sigue viva. La esperanza en la memoria, en que el acto de recordar sana, resignifica y permite resistir. Con o sin uniforme, montando guardia para que llegue alguien con noticias, alguien que lo salude a uno, que lo escuche y le comparta la alegría. Así como yo hoy recuerdo a Ismael, sonriente, fuerte y único, quien todavía mantiene vivo el recuerdo de su papá. ^{DB}





Silvia Otero manejando la consola.

La maestra que dirige lo que el público no ve

Texto: Jessica Sofía Rovira Gómez
jessicasrovira@javeriana.edu.co

Fotos: Cortesía de Silvia Otero

Detrás de cada gran musical, hay una mente que convierte el caos en armonía. Silvia Otero, es una reconocida directora de escena, y en sus manos está coordinar el talento humano, la escenografía, las luces y el sonido, para que cada función sea un éxito. Conversamos con ella sobre su trabajo, que quizá no sea tan visible para el público, pero que es vital para cada noche de espectáculo.

Silvia Otero
supervisando el teatro.



En promedio,
un espectáculo
de dos horas
implica
más de 500
movimientos
coordinados
tras escena

En el teatro musical, cada movimiento, cambio de escenografía y ajuste de luces forma parte de una coreografía que, aunque el público no la note, es lo que sostiene todo el encanto. Dentro de esa estructura invisible al público, Silvia Otero es la mente que dirige y la energía que impulsa. Su trabajo, que une lo técnico con lo artístico, se ha convertido en un verdadero arte, ya que busca lograr que el caos inevitable de la escena se transforme en un espectáculo impecable.

Su recorrido no se ha limitado a un único escenario. Desde producciones cercanas al público, hasta montajes de gran escala como *La bella y la bestia*, *El principito* y *Matilda*, ella ha trabajado hombro a hombro con directores, coreógrafos, técnicos y artistas, construyendo un lenguaje común entre quienes crean la

experiencia y quienes la sostienen. Su rol es la de una líder estratégica capaz de tomar decisiones en segundos, como decidir si detener o continuar una escena cuando un micrófono falla en plena canción, o coordinar discretamente un cambio de escenografía cuando ocurre un error detrás del telón. Por ende, es experta en resolver crisis en plena función.

Aunque los aplausos suelen ir dirigidos a quienes están en el escenario, ese reconocimiento no sería posible sin esa figura que, sin estar bajo los reflectores, hace que lo imposible sea posible.

Hoy tiene 36 años, y comenzó su camino en el arte dramático en LaSalle College de Bogotá, aunque pronto decidió ampliar sus horizontes en Argentina, donde estudió en la escuela Di-

seño, Dirección y Producción (Diprodi), del bailarín Julio Bocca, para convertirse en directora de escena (*stage manager*).

Esa formación le permitió entender el teatro desde distintos ángulos, no solo como intérprete, sino también como parte del engranaje que sostiene los montajes. Desde el 2009 ha construido una trayectoria marcada por la disciplina y la pasión, adquiriendo experiencia para convertirse en una de las directoras de escena más reconocidas en Colombia y en el extranjero.

En esta entrevista con *Directo Bogotá*, Silvia Otero abre la puerta a su mundo: un espacio donde la disciplina y la creatividad se encuentran, donde cada imprevisto se convierte en oportunidad y donde la verdadera magia está en hacer que todo parezca natural.

Directo Bogotá (DB): ¿Cómo se presentaría ante alguien que no tiene idea de lo que hace una directora de escena?

Silvia Otero (SO): Mira, a mí me gusta decir así: soy la encargada de unir lo técnico con lo artístico en un proceso de teatro musical. Entonces, desde que empieza el proceso hasta que termina, desde la preproducción, pro-

ducción y temporada, mi trabajo es coordinar todos los departamentos técnicos y artísticos; velar por que la visión del director se cumpla y por que la producción funcione de la mejor manera posible.

DB: ¿Cómo empezó a transitar este camino?

SO: Empecé estudiando arte dramático. Me encantaba actuar, pero en algún momento me ofrecieron ayudar en la parte técnica de una obra y me di cuenta de que me gustaba mucho organizar, coordinar y estar detrás de escena. Luego me formé más en esa área y descubrí que el *stage management* combinaba todo lo que me gustaba: estar en el teatro, trabajar con artistas, pero también tener control y organización de todo lo que pasa en una producción.

DB: ¿Hubo alguna obra, persona o momento que la haya marcado?

SO: Las dos obras más complejas que he hecho han sido *La bella y la bestia* y *El principito*, las dos en Colombia. *Bella y bestia* fue la primera obra que hicimos sin María Isabel Murillo [conocida como Misi, la pionera del teatro musical en Colombia]. Era un reto grande para la



Un cambio de escenografía puede requerir la coordinación de más de 30 personas en menos de 20 segundos



Silvia Otero con su equipo en *Annie*.

La parte más desafiante es que todo tiene que suceder en vivo y sin margen de error. No hay botón de pausa ni segunda toma: si algo falla, tienes que resolverlo en segundos

compañía de Misi Producciones y fue compleja de hacer. Trabajar con Disney Theatrical fue un trabajo muy difícil, porque exigían que todo saliera perfecto y sin margen de error.

El principito fue otro desafío. Fue retador hacer teatro musical en Medellín porque allá no son tan comunes las funciones de musicales; además, trabajé con gente que no hablaba mucho el español. Aun así logramos hacer una obra espectacular. Aunque con muchos cambios, definitivamente la sacamos adelante. Creo que nunca sudé tanto.

DB: ¿Qué obstáculos ha tenido que enfrentar para dedicarse a esto?

SO: Empecé muy, muy de abajo, en Argentina, un país donde no conocía a nadie. No tenía trabajo y, en 2017, dije: "Bueno, vale, voy a mandar mi hoja de vida a Misi Producciones, ¿qué pierdo?".

Decidí quedarme en el 2018 por cosas de la vida, que fue cuando María Isabel Murillo falleció y me revolcó la vida entera. De hecho, yo tenía un pasaje para volver a Argentina a hacer el musical *Aladdin*, pero dije que no. Entonces, perdí el pasaje y me quedé en Colombia. Tuve que dar la noticia del fallecimiento de María Isabel y también tuve que seguir con la tempo-

rada con el corazón roto, porque no había nadie ahí que no tuviera el corazón roto. Fue duro.

Siento que mi trabajo tiene cosas muy difíciles. Es un rol que puedes odiar fácilmente, porque es alguien que está todo el tiempo encargado de apurarte y hacerte ir rápido. Y eso me parece agotador. Por eso intento meterle tanto amor.

DB: ¿Cómo es llevar un trabajo tan invisible para el público, pero con tanta responsabilidad detrás del escenario?

SO: Me parece loco que la gente no sepa que uno existe. Uno siempre debe pensar que cuando se ve algo supercoordinado hay detrás una mente coordinando eso. Lo más raro es que cuando todo está bien, no existo, pero cuando sale algo mal, soy la primera señalada. Tengo mucha presión encima. Y es muy loco, porque es una presión que es de uno, pero que al final es compartida porque es en equipo. Dependiendo de mucha gente.

Por eso siempre intento decir las cosas de manera que me entiendan. Así como siempre trato de buscar que el equipo rinda, porque el director te va a pedir algo y tú tienes que sonreír y garantizarle que sí va a salir. No le puedo transmitir desconfianza. Por eso siempre voy a decir "sí, jefe" y me comprometo con cumplir lo que me pidan.

DB: ¿Qué hace en su día a día?

SO: Depende mucho de la etapa en la que estamos. Si estamos en montaje, mi día empieza temprano revisando que todo lo que necesitamos esté listo: desde escenografía y utilería, hasta iluminación y vestuario. Coordino los ensayos, me comunico constantemente con el equipo técnico y con los artistas, y resuelvo cualquier imprevisto que pueda surgir. Es como estar en el centro de una red de hilos que no se pueden romper.

En temporada, la rutina cambia un poco: llevo antes al teatro para supervisar que todo esté en orden, hago un repaso general con el equipo, verifico que los actores tengan lo que necesitan y, durante la función, voy monitoreando que todo suceda en el momento exacto



Silvia Otero detrás del escenario del musical *Aladdin*.



en el que debe pasar. Después, me aseguro de que todo quede listo para la siguiente función. Es un trabajo de mucha coordinación, atención al detalle y, sobre todo, de mantener la calma cuando algo no sale como estaba planeado.

DB: ¿Cuál es la parte más desafiante y la más gratificante de su trabajo?

SO: La parte más desafiante es que todo tiene que suceder en vivo y sin margen de error. No hay botón de pausa ni segunda toma: si algo falla, tienes que resolverlo en segundos, sin que el público lo note y sin romper el ritmo del espectáculo. Eso exige estar siempre un paso adelante, anticiparse a los problemas y mantener la calma incluso cuando por dentro estás corriendo.

Y la parte más gratificante es ver cómo todo encaja y el público se emociona sin saber todo lo que pasó detrás para que eso fuera posible. Me encanta saber que, aunque mi trabajo no se vea en escena, es clave para que la magia ocurra. Cuando una función sale perfecta y el equipo se abraza al final, ahí siento que todo valió la pena.

DB: ¿Qué cualidades valora en un buen equipo de trabajo?

SO: En un buen equipo de trabajo valoro, sobre todo, la comunicación clara, el compromiso y la confianza mutua. En teatro musical dependemos unos de otros para que todo fluya, así que es fundamental que cada persona cumpla su rol, pero también que podamos apoyarnos cuando algo no sale como se planeó. La capacidad de mantener el buen humor, incluso en los momentos de mayor estrés, también marca la diferencia.

DB: ¿Cómo es su equipo de trabajo?

SO: Mi equipo de trabajo es muy diverso. Tenemos personas enfocadas en la parte técnica: luces, sonido y tramoya. Otras, en la parte artística: dirección, coreografía y elenco. Todos trabajamos como una sola máquina, nos conocemos tanto que a veces con una mirada ya sabemos qué hay que hacer. Esa conexión y compañerismo es lo que permite que cada función salga adelante, sin importar los retos que aparezcan. **DB**

Backstage del musical Rufianes.



Miguel junto con las mascota del Congreso Astronáutico Internacional de Bakú, Azerbaiyán.

El arquitecto del espacio

Texto: Paula Sofía Rodríguez Bolívar
psofiarodriguez@javeriana.edu.co

Fotos: Cortesía de Miguel Ángel
Correa Rodríguez

El universo también necesita arquitectos. Miguel Ángel Correa Rodríguez es un colombiano enamorado del espacio que actualmente piensa y diseña estructuras capaces de sustentar vida en otros planetas y que facilitarán la colonización de planetas como Marte.

Cuando se trata de ser un estudiante aplicado e interesado por responder preguntas, Miguel, un joven de 25 años, es el primero en alzar la mano. Él es la prueba de que se pueden lograr grandes cosas en el colegio y en la universidad, si se tiene la suficiente cordura para arriesgarse. Es un hombre proactivo, disciplinado y estratégico, que emana amor por la ciencia y no tiene problema en explicar y compartir lo que sabe.

Es concreto en sus respuestas, pero amplio en su pensamiento; sin duda alguna, un estudiante curioso. Es arquitecto de la Universidad Javeriana de Bogotá, con énfasis en diseño BIM (*building infor-*

mation modeling), una metodología de modelos digitales y construcción residencial.

Desde niño le apasiona estudiar el espacio, por lo que cursó sus primeras clases con el cosmólogo Leonardo Castañeda, en el Observatorio de Astronomía de la Universidad Nacional. Es miembro de la Asociación de Astronomía de Colombia (Asasac), así como de la Mars Society, en Utah, Estados Unidos, una organización que se dedica al desarrollo de proyectos con fines espaciales al planeta rojo. Además, es el fundador del grupo estudiantil de astronomía Astrojave, en la Universidad Javeriana, dedicado a la divulgación científica y astronómica dentro y fuera de la Javeriana.

Su vida dio un giro al exponer su tesis de grado, pues ganó el reconocimiento laureado con su “Biosfera marciana”, un diseño arquitectónico de hábitat múltiple, para la estadía de los astronautas en Marte, proyectado para el 2030. Por este trabajo, La Fuerza Aérea lo eligió para representar a Colombia en Bakú, Azerbaiyán, inaugurando el Congreso Astronáutico Internacional, uno de los eventos más importantes sobre temas del espacio en el mundo, liderado por la NASA, la Federación Astronáutica Internacional (IAF) y Agencia Espacial de la República de Azerbaiyán (Azercosmos). También es parte de la Space Generation Advisory Council (SGAC), una red global de gente interesada en el espacio, que representa a la juventud en Naciones Unidas. Además, su trabajo fue seleccionado en la Bienal de Venecia de Arquitectura 2025.

Directo Bogotá (DB): ¿Cómo surgió su interés por el espacio?

Miguel Correa (MC): Desde muy niño he tenido ese interés. Como la mayoría de las personas soñaba con convertirme en astronauta. Fui influenciado por la llegada a la Luna, que inspiró a nuestros papás con el tema del espacio y ellos me transmitieron eso a mí. Fui criado en el campo, y allí, a diferencia de la ciudad, se ve muy claro el firmamento. En la ciudad, por la contaminación lumínica, las estrellas no se ven muy bien. El entorno rural en el que me crié impulsó ese gusto por el espacio, por la astronomía y la ciencia.

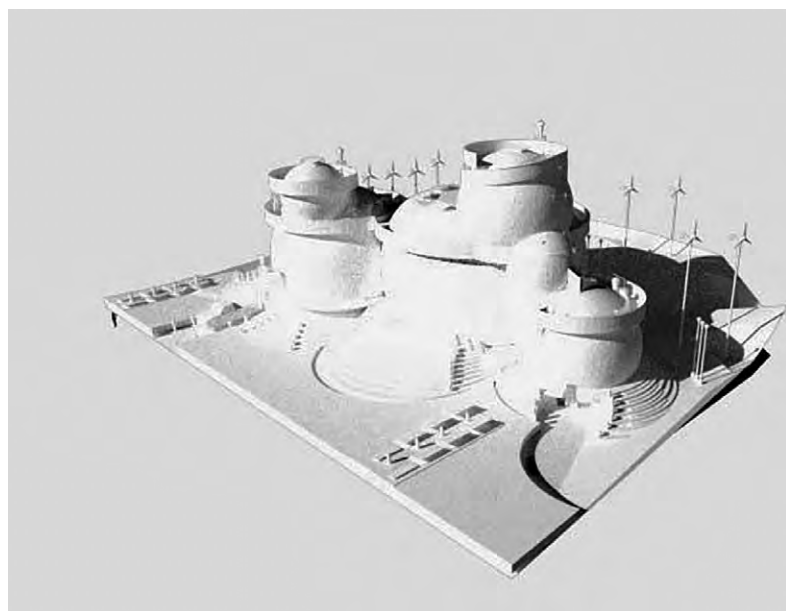
DB: ¿Qué es la arquitectura espacial?

MC: Es la rama de la arquitectura que se encarga de diseñar espacios en ambientes extraterrestres y extremos; es decir, fuera del ecosistema terrestre, como la órbita, la Luna, Marte, otro cuerpo celeste u otro sistema solar. La arquitectura espacial está en crecimiento y desarrollo; es una ciencia que nació a partir del 2000, cerca del momento en el que se creó la Estación Espacial Internacional. Por ello se empezó a necesitar la mano de un arquitecto en el diseño de espacios interiores para los astronautas, con el fin de facilitar su larga estadía.

DB: ¿Cuál es el papel de un arquitecto en la carrera espacial?

MC: El arquitecto entra desde la construcción de la Estación Espacial Internacional, al acondicionar espacios para estadías prolongadas de los astronautas, porque ya no son misiones de horas, sino de meses. Como el objetivo espacial ahora es Marte, un planeta que queda como mínimo a siete meses de la Tierra, pues quedarse un día, plantar una bandera y devolverse otros siete meses no tiene sentido. El viaje es para estar como mínimo seis meses investigando, explorando, produciendo ciencia, y para eso es necesario un hábitat.

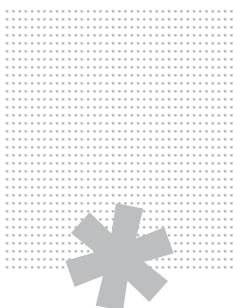
El reto son las condiciones del cuerpo celeste donde uno esté diseñando, que son diferentes a las de la Tierra



Render principal de Biosfera Marciana.



Miguel Correa acompañado de representantes de la Agencia Espacial Japonesa.



Miguel Correa
presentó
el proyecto
"Space
Habitation" en
la Universidad
de Chongqing,
China



Una de las salidas de campo de Astrojave en el Festival de Astronomía de Villa de Leyva.

DB: ¿En qué consiste el trabajo Biosfera Marciana?

MC: Es la propuesta de un hábitat de biología en Marte. Etimológicamente, significa una esfera cargada de vida. La idea es llevar vida a Marte, pero no *terraformando* el planeta. Aunque es un planeta rocoso como la Tierra, sus condiciones son muy diferentes. La gravedad, la presión atmosférica, el oxígeno y la radiación son distintas, por lo que la vida no sobrevive; aunque tiene la cualidad de la existencia de agua en el subsuelo.

Para que las tripulaciones puedan sentirse cómodas y garantizar el éxito de la misión, se debe enviar un grupo de mínimo seis personas, acompañado de algunas especies vegetales y animales, seleccionadas por su resistencia, aporte y adaptabilidad, como microorganismos, algas, anfibios, insectos y cultivos.

DB: ¿Cuál es el diseño arquitectónico de la biosfera?

MC: En el primer nivel se posiciona un pozo de servicio de agua natural marciana, tratada con percloratos. En esta misma burbuja, se encuentran los cuartos de presurización más importantes del hábitat y el ecosistema Selva, un gran espacio de especies vegetales con mediana profundidad de raíces, rodeado por un anillo con cultivos hidropónicos. En el segundo nivel se ubican los laboratorios: seco, orgánico, inorgánico, desinfección o estudio y la cocina.

En el tercer nivel se proyecta un ambiente humano con dormitorios que rodean un espacio colectivo, que con subflujo se pasa al espacio más grande de la biosfera con especies vegetales en macetas, que interactúan con las especies aéreas. Luego se pasa a un espacio de recreación para especies terrestres y a una alberca anfibia de servicio de agua y electricidad. En el cuarto nivel, hay productores de metano en baños y más especies vegetales. Es un hábitat de máximo 3000 metros cuadrados, hecho principalmente de fibra de vidrio, hematita marciana y hongos radiactivos.

DB: ¿Cuáles son las principales dificultades y retos al diseñar hábitats fuera de la Tierra?

MC: El reto son las condiciones del cuerpo celeste donde uno esté diseñando, que son diferentes a las de la Tierra. Diseñar algo que pueda adaptarse y que no se caiga allá, empezando por la gravedad. Todo lo que aquí se construye obedece a la gravedad de la Tierra. Cuando se cambia de cuerpo celeste, esa norma va a cambiar, cambian los materiales y la técnica estructural. También hay que tener en cuenta condiciones como la radiación, el oxígeno, la presión atmosférica, la falta de agua, la humedad, las precipitaciones. Todo eso influye.

DB: Hasta ahora ningún ser humano ha llegado a Marte. ¿Cómo es diseñar algo en un lugar tan desconocido?

MC: Para lograr hacer un diseño efectivo para Marte, sin que nadie esté allá, se requieren dos cosas: la primera, la gran cantidad de datos valiosos y elementales que nos envían las sondas y los robots; la segunda, la simulación de ambientes marcianos en la Tierra. De cinco condiciones que tiene Marte, hay cuatro que se pueden simular en la Tierra, como desiertos, zonas volcánicas, polos y glaciares, más las condiciones que tiene la Luna para experimentar. En el 2026 el ser humano va a volver a la Luna, con eso que se puede hacer una cartografía y un diseño preciso de un hábitat en Marte.

DB: ¿Cómo fue su experiencia en el Congreso Astronáutico Internacional?

MC: Fue una experiencia muy buena, me siento muy orgulloso de ese trabajo y de ese viaje. Fue un momento que nunca imaginé que me pasara, porque allí se reúnen las mentes más brillantes en temas del espacio, no solo científicos, sino también profesores, empresas y agencias espaciales que exponen y presentan sus proyectos. Este evento se lleva a cabo anualmente en diferentes lugares, en el 2023 la NASA eligió como anfitrión a Bakú, en Azerbaiyán, un país cuya área espacial está en crecimiento. Tuve la oportunidad de ser elegido para inaugurar el evento, lo que me convierte en el primer arquitecto colombiano en exponer un proyecto sobre arquitectura espacial en ese congreso.



Exterior de la Biosfera Marciana.

DB: ¿En qué le ha aportado la Universidad Javeriana?

MC: Cuando estaba en desarrollando el proyecto, tuve que ir de facultad en facultad averiguando información, pues se trata de un trabajo multidisciplinar que integra medicina, fisioterapia, anatomía, biología e ingeniería. Tuve que preguntar mucho para lograr hacer un trabajo no solo estético en renders, sino eficiente, funcional, rentable y óptimo. La universidad, afortunadamente, tiene personal muy experto, profesores increíbles, decanos y asistentes tremendos en todas las facultades.

DB: ¿Cómo nace la idea de Astrojave?

MC: Astrojave nace de la necesidad de tener un espacio específicamente sobre temas espacia-



Segunda presentación del proyecto Biosfera Marciana.

les en la Universidad Javeriana. Así que en mi tercer año como estudiante me propuse crear un grupo estudiantil interfacultades, dedicado a la astronomía. La primera generación de Astrojave se originó en el 2020, durante la pandemia. Pero desde el 2022 es presencial y ahora van en la quinta generación. El grupo es una red que se ha asociado con varios grupos estudiantiles: Astrojave de Cali y grupos de astronomía de la Universidad Nacional, la Sergio Arboleda, la Universidad del Bosque y la Universidad de los Andes. Afortunadamente, con mucho trabajo y esfuerzo, progresó y creció hasta ser lo que actualmente es. A este grupo se le darán las riendas del futuro Observatorio Astronómico Javeriano.

DB: ¿Qué le ha enseñado observar las estrellas?



Grupo de profesionales del Congreso Astronáutico Internacional.



Despedida de semestre y cambio de coordinador de Astrojave.

MC: Muchas cosas, es algo que ha ocupado la mayoría de mi vida, no es algo de hace 3 años, sino de hace 20 años. Me ha enseñado mucha humildad, porque cuando se estudian temas del espacio —astronomía, astrofísica, cosmología y hasta astrología, aunque no es una ciencia—, se aprende una clase de humildad muy grande, porque nos enseña verdaderamente la naturaleza del ser humano: de su vida en la Tierra, lo pequeños que somos y de la inmensidad afuera de este planeta. Es un amor de vida, una pasión y una vocación.

DB: ¿Cuál cree que es el rol de la inteligencia artificial en los avances de arquitectura destinados al entorno espacial?

MC: Precisamente hace poco me admitieron en un diplomado internacional de inteligencia artificial con aplicación a la arquitectura. Es con Deep y Gensler, unas prestigiosas firmas de arquitectura a nivel mundial. Creo que la inteligencia artificial es como el internet, sirve para muchas cosas y para todas las profesiones. Es una herramienta muy útil y poderosa, siempre y cuando se utilice bien. En el tema de la arquitectura, optimiza los diseños, nos ayuda a prevenir errores de cálculo, gasto, mantenimiento y administraciones de obra, déficits que antes existían por el margen de error que tiene el diseño hecho por el ser humano, lo que causaba demoliciones. Ahora, con la inteligencia artificial, lo más probable es que eso se acabe, para que los diseños y las construcciones se den de manera muy precisa en datos y visualizaciones exactas en tiempo real. Eso lo venía haciendo el área *building information modeling* (BIM), pero ahora con la inteligencia artificial, esto va a mejorar exponencialmente.

DB: ¿Cree que vivir en Marte será una realidad para las próximas generaciones?

MC: Sí, claro, nosotros diseñaremos y las siguientes generaciones van a vivir allá, eso es un hecho. A menos de que se acabe el mundo, que un asteroide caiga y acabe con todos esos sueños que tenemos los seres humanos de migrar al espacio, de convertirnos en una civilización interplanetaria. Una vez el ser humano ponga un pie en Marte, se convertirá en una sociedad interplanetaria. **DB**

Un sueño colombiano llamado **Arturo Calle**

Texto y fotos: Heidi Johana Guzmán
hjohanapreciado@javeriana.edu.co

El nombre de Arturo Calle es, desde hace décadas, uno de los más importantes en la moda colombiana. *Directo Bogotá* conversó con él sobre sus inicios, el camino que recorrió, la vida que ha construido y su visión sobre la actualidad de una industria en la que sigue siendo referente.



Arturo Calle es uno de los empresarios más emblemáticos de Colombia, conocido por fundar la marca de ropa que lleva su nombre. Nació en Medellín, en 1938, donde empezó su historia empresarial como vendedor informal en un local pequeño de tan solo 8 metros cuadrados.

En 1966 dio el gran salto al abrir su primera tienda de camisas en Bogotá, ubicada en San Victorino, que se llamaba Dante. "Ese era el nombre que tenía cuando la compré", cuenta él. Sin embargo, por recomendación de un cliente amigo, el empresario la rebautizó con su propio nombre. Desde entonces se ha destacado por una visión clara que lo ha llevado a

abrir 78 tiendas en Colombia, además de 3 en Costa Rica, 2 en Panamá y una en El Salvador. La empresa tiene hoy más de 6.000 empleados.

Paralelamente a su trayectoria empresarial, en 1983 creó la Fundación Arturo Calle, una organización que busca apoyar el desarrollo social de comunidades vulnerables en Colombia. A través de programas enfocados en educación, salud y vivienda, la fundación ha beneficiado a miles de personas, reflejando su compromiso social.

Directo Bogotá (DB): Usted nació en el barrio Manrique, de Medellín, ¿cómo recuerda esos primeros años?

Arturo Calle (AC): Desde niño fui muy feliz, aprendí de mis padres lo que es el respeto hacia las personas. Todo me parecía fabuloso. Era un chino chiquito, pecoso, de pelo largo. Me gustaba el colegio, me gustaba el trabajo, pero nunca quise depender de ninguna empresa. Inicialmente trabajé en una fábrica y ahorré un dinero. Luego me retiré y comencé mi vida empresarial desde muy joven.

DB: ¿Tuvo usted a alguien que le sirviera de ejemplo o inspiración desde joven?

AC: Mi mamá, que quedó viuda a los 39 años, pues mi papá murió y éramos nueve hijos. Ella nos sostuvo y nos dio educación. No éramos una familia adinerada, pero éramos gente muy buena. De mis padres aprendí muchísimo. Ciertamente, a mí me encantó el dinero para hacer el bien, para progresar, no para atesorarlo. El dinero para la sepultura no lo concibo.

DB: ¿Cómo se enamoró de la industria de la moda?

AC: Primero trabajé porque tenía que ahorrar para independizarme. Estuve dos años y medio laborando con un salario de 150 pesos. Aunque no era mucho, ese dinero me ayudó a lograr mi independencia. Gracias a eso, hice mi entrada en el mundo empresarial. Luego, mi suegro, Héctor Correa, me invitó a trabajar con él en Bogotá, donde tenía una cadena de almacenes.

Empecé administrando uno de esos locales. Después, cuando él vendió la compañía, yo le compré ese almacén, que era excelente. Así comenzó mi vida industrial en el comercio, trabajando 12 horas diarias, de lunes a sábado.



DB: ¿Ese almacén era Dante?

AC: Sí. Después de ese pequeño almacén, ya logré adquirir uno propio con los ahorros que fui haciendo permanentemente. Si tú me preguntas por el nombre que tenía, pues te cuento que se debía a que Héctor Correa viajaba mucho y en Panamá existía un lugar que se llamaba La Mansión Dante, que era de vestuario muy elegante. Él me dijo "póngale ese nombre", y yo de chino chiquito le dije "claro".

Pero un día llegó un publicista que era cliente habitual. En ese momento yo tenía tres almacenes y él me preguntó: "¿Para qué tiene ese nombre?, ¿a usted le gusta?", y le confesé que ni siquiera yo lo entendía. Entonces, él me sugirió: "Haga una cosa, póngale su nombre. Yo le hago un logotipo bien lindo. Además, es un nombre de muy fácil recordación". Fue él quien me diseñó el logotipo y así fue como comenzó la marca Arturo Calle.

DB: ¿Cómo logró mantener los precios asequibles sin sacrificar la calidad del producto?

AC: Bueno, eso sí es muy sencillo. Primero, el concepto era la mejor calidad, pero al más bajo precio. Yo podía vender más barato que mis colegas, porque compraba de contado o pagaba anticipado contra pedido. Entonces eso hacía que me dieran grandes descuentos. Esos descuentos yo no me los ganaba, se los trasladaba al cliente.

DB: ¿Cómo es su rutina?

AC: Me despierto generalmente entre las 5 y las 6 de la mañana y escucho la emisora *La W* para enterarme de lo que pasa en Colombia y en el mundo, así me mantengo actualizado. No tengo tiempo para leer mucho, pero sí reviso prensa, sobre todo *Semana*, *El Tiempo* y *Portafolio*.

Me dedico a ser el gerente de la compañía, que desde hace 13 años es de mis hijos, no mía. Trabajo más o menos desde las 10 de la mañana hasta las 7 de la noche. Me encanta el trabajo, la juventud y no sentirme adulto mayor. Jamás podré ser adulto mayor. Respeto mucho a los adultos mayores y quizá yo tenga mil años más que ellos, pero me gusta ser independiente. No me gusta que nadie me haga nada. Y, por eso, también cuido mi físico y mi presencia, no tengo ni una arruga. Me considero un niño totalmente. En la mañana me miro al espejo y, sin ser narcisista, me digo a mí mismo: “Arturo Calle, hoy amaneciste muy lindo, muy hermoso”.

DB: Me gustaría saber un poco más de ese lado suyo altruista y sobre su fundación.

AC: Mi mayor riqueza es que 50 millones de colombianos me quieren. Más allá de ese cariño, tengo una gran fundación que realiza una hermosa labor social. Parte de mi patrimonio, muy grande, se lo he entregado a la fundación. ¿Por qué lo menciono? Porque considero que quien tenga un capital mediano, alto o intermedio debe pensar mucho en el prójimo. Esa es una verdadera satisfacción. Ver la alegría de la gente cuando recibe una casa, mejora su vivienda, obtiene subsidios para educación o se les ayuda en hospitales con equipos nuevos es invaluable.

La fundación hace de todo en lo social: ayuda a 80 o 100 fundaciones que hacen un gran trabajo, pero sin capital, y mensualmente les gira una suma importante. Antes yo ayudaba como persona natural, pero para no llevar la labor social a la tumba, creé la Fundación Arturo Calle y entregué un capital

para que, cuando yo muera, la fundación siga presutando esta labor social. Ver a la gente que necesita y hacerla feliz es una satisfacción enorme, y lo digo para que muchos se animen a seguir este ejemplo.

DB: ¿Qué opina de la moda actual en Colombia?, ¿cómo ve la industria?

AC: Colombia está muy bien en cuanto a moda, indudablemente. En cuanto a centros comerciales, yo me quedo aterrado todos los días de cómo mis colegas se superan. El vitrinismo es hermoso, el vestuario es finísimo, la moda está al día como en cualquier parte del mundo. Todo está muy actualizado.

También hay muy buenos diseñadores de pasarela, fabulosos. Y hay otros que son ya comerciales, pero no tantos. En ese sentido, en el de diseñadores comerciales, aún faltan muchos más en el país. El diseñador comercial es aquel que le entrega el producto al público, pero a un público que es un comercio permanente, rotativo, de volumen. El comercio de pasarela es un comercio muy *boutique*, muy de cocteles, de la alta sociedad. Todavía estamos necesitando más diseñadores comerciales que tengan gusto, que sepan diseñar, que no tengan que comenzar a copiar a toda hora. **DB**



La marca Arturo Calle hoy tiene más de 80 tiendas en Colombia y en otros países latinoamericanos.

Víctor Guillén, vigilante nocturno en la Pontificia Universidad Javeriana desde hace seis años.
Foto: Karyme Ramírez.



Cuando el día se apaga, **ellos trabajan**

Texto: Andrea Karyme Ramírez Mendoza
akaryme.ramirezm@javeriana.edu.co

Víctor Guillén, vigilante

En frente de la cafetería El Sauce, ubicada en el Hospital Universitario San Ignacio, el vigilante Víctor Guillén recorre con la mirada cada rincón. Es un hombre alto, de presencia seria, postura erguida y voz determinada. Proyecta autoridad sin perder la cortesía. Desde junio de 2019 ha trabajado cuidando a los estudiantes en la Pontificia Universidad Javeriana, evitando que maletas, celulares o cámaras desaparezcan. Aunque lleva solo dos semanas en este lugar, su trayectoria dentro de la institución supera los seis años, incluyendo un largo periodo trabajando en el edificio de parqueaderos.

Su turno comienza a las 2:00 p. m. y termina cerca de las 10:00 p. m. En esas horas supervisa ingresos, cuida pertenencias y permanece atento a cualquier situación inusual. Aun así, asegura que lo que más valora es “la amabilidad de las personas” y eso es lo que hace que su trabajo sea más llevadero. Para él, la noche implica un momento que requiere de su máxima atención, pues es consciente de que todo puede cambiar en cuestión de segundos. La parte más satisfactoria de su labor es finalizar la jornada sin incidentes: “Lo mejor es cuando termina el turno sin novedades y puedo irme a casa con Dios”.

Jesús Sandoval, administrador de cafetería

A unas cuerdas de allí, en la panadería y cafetería Panamorarte, ubicada en la calle 41 con carrera séptima (cerca del túnel de la Javeriana), Jesús Sandoval termina de acomodar las bandejas de pan en la vitrina del negocio. Se mantiene de pie con las manos detrás de la espalda, la gorra de su uniforme ligeramente inclinada y una amplia sonrisa que resulta inmediatamente contagiosa. Transmite una imagen relajada y de hospita-



Jesús Sandoval, administrador en Panamorarte desde hace un año y medio.
Foto: Karyme Ramírez.



Andrea Tirao, vendedora de empanadas desde hace seis meses. Foto: Karyme Ramírez.

lidad. Es venezolano de nacimiento, pero lleva más de diez años en Bogotá y desde hace un año y medio administra esta cafetería. Su jornada empieza a las 5:30 a. m. y termina a las 10:00 p. m., un horario que reconoce como exigente, pero que lleva con disciplina.

Jesús ha pasado por otras panaderías, como Mil Delicias y Pancracio, y también ha trabajado como mesero y cajero en restaurantes. Actualmente se ocupa de limpiar estaciones de trabajo, supervisar al personal o invitar a los transeúntes a entrar. “En este trabajo uno aprende a estar siempre activo, porque en cualquier momento llega un cliente con hambre”, explica. Pero cuando por fin consigue hacer una pausa y percibe que la noche ya cayó, sus pensamientos cambian: lo invade la expectativa del descanso tras un día exigente. La sensación es clara: “Me alegro porque llega el momento en el que uno va a descansar”.

Andrea Tirao, vendedora de empanadas

Tras un mostrador repleto de empanadas y bebidas embotelladas, Andrea Tirao recibe a los clientes con una sonrisa. Alta, de cabello rizado y tez blanca, viste ropa de diario, lo que refuerza su apariencia casual y accesible. Desde febrero trabaja como vendedora en el local Magníficas Empanadas, ubicado sobre la calle 41 con carrera octava, un punto concurrido donde la clientela nunca falta. Sus jornadas comienzan a las 8:00 a. m. y pueden extenderse hasta las 10:00 p. m., según el movimiento de la clientela durante el día.

Para ella, la llegada de la noche significa no solamente un cambio en la luz, sino también de ritmo: “Ya van a salir los muchachos con hambre y necesito vender”. Disfruta el contacto con los clientes, charlar con ellos y brindarles un buen servicio. Pero también reconoce que en esa misma interacción reside lo más difícil, que es tratar con los temperamentos de todos los clientes. Con una sonrisa, resume lo que la motiva al final de cada jornada: “En este trabajo la noche siempre trae caras nuevas, pero también me deja la satisfacción de haber cumplido con el día”.



Eduardo Escobar y Richard Gálvez, trabajadores de pizzería

En la pizzería El Punto del Sabor, ubicada en la calle 41 con carrera octava, confluyen la experiencia y la energía de dos trabajadores: Eduardo Escobar y Richard Gálvez. El primero de ellos es un venezolano de 36 años que lleva apenas tres meses en el negocio, pero ya sabe que el turno de 3:00 p. m. a 10:30 p. m. es el que mejor se ajusta a su vida. Él porta impecablemente su uniforme, con el tapabocas bien puesto en todo momento y una postura erguida que refleja diligencia y compromiso. “Me gusta trabajar en este horario, no tengo ninguna complicación”, dice. Asegura que prácticamente nunca está pendiente del reloj, solo le gusta enfocarse en la siguiente tarea que debe hacer y espera lograr de ma-

nera efectiva su trabajo. Prefiere mantenerse ocupado antes que pasar tiempo sin hacer nada en casa: “En la casa me aburro, mejor me voy para el trabajo”, dice.

Por otro lado, en esta pizzería la experiencia la aporta Richard Gálvez, quien lleva más de 30 años detrás del mostrador. A primera vista parece reservado, siempre concentrado en su trabajo detrás de la caja registradora, pero apenas entra un cliente, su carácter se transforma: atiende con agilidad y acompaña cada pedido con una conversación cercana y amena. Su trato cordial hace que muchos visitantes prolonguen su estadía, atraídos por la calidez tanto de la charla como de la pizza.

El local es un proyecto de la familia de Richard; incluso, su madre también colabora cuando tiene tiempo. Él ha sido testigo de

Richard Gálvez (izquierda) y Eduardo Escobar (derecha) enfrente de la pizzería El Punto del Sabor.
Foto: Paolo Velita.



Maximiliano Hernández
detrás de su puesto de
perros calientes en la
calle 34 con carrera 13A.
Foto: Karyme Ramírez.

los cambios en la ciudad y en su clientela. Explica que sus principales visitantes son estudiantes y personas que salen de bares cercanos, por lo que el cierre puede ser a las 11:30 p. m. Entre sus recuerdos más significativos, comparte que “hay varios chicos que venían aquí a comer pizza cuando estudiaban en la Javeriana, y ahora vuelven muchos años después, ya graduados, porque este lugar les recuerda esos tiempos”.

Maximiliano Hernández, vendedor ambulante de perros calientes

En la esquina de la calle 34 con la carrera 13A, se encuentra Maximiliano Hernández, quien ha trabajado en ese punto durante más de 23 años vendiendo perros calientes en un carrito. Usa una chaqueta de cuero con varios parches y un sombrero café que combina con su delantal. Aunque a primera vista es serio, en realidad es un hombre muy amable, que se mueve con rapidez cuando llega un cliente y atiende su negocio con una destreza que solo da la experiencia acumulada en años de trabajo.

Su jornada empieza a la 1:00 p. m. y termina a las 10:00 p. m. Cada vez que comienza su turno lo hace con gratitud: “Hoy le agradezco a Dios y le pido mucho que me vaya bien”, suele decir. Al finalizar la jornada, esa misma actitud se repite, con un agradecimiento por las ganas de trabajar y por todo lo que tiene.

Para él, la noche es un escenario positivo y reflexivo: “Es bella, es chévere, la noche me parece algo perfecto. Hay cosas en la noche que no se encuentran en el día”. Sin embargo, también reconoce los retos que trae consigo, especialmente al tratar con clientes que han bebido de más: “Me ha pasado que algunos llegan borrachos y son agresivos”. También dice que se siente agradecido de haber tenido solo unos pocos incidentes desagradables con este tipo de personas. La constante motivación que lo sostiene durante sus jornadas nocturnas es su familia, a quien llama con cariño su “mayor motor”. **DB**



Cinco paradas electrónicas

Desde hace algunos años, la escena electrónica ha encontrado su lugar en Bogotá. Lo que antes era una serie de fiestas ocultas o eventos esporádicos, hoy se ha convertido en una red sólida de espacios. Recorrimos algunos de los lugares donde la música electrónica no es solo fondo, sino parte de la esencia.

Texto y fotos: Salomé Ortiz Jaramillo
ortizj.salome@javeriana.edu.co

Saint-Tropez Club

Carrera 16 # 90-56, piso 20

En el piso 20 del edificio Residence Inn by Marriot, Saint-Tropez ofrece un salón elegante con una vista panorámica de Bogotá. Aquí el *techno* se viste de terciopelo: cocteles *premium*, iluminación dorada y un ambiente sofisticado que combina pista de baile, terraza y zonas *lounge*. Es un espacio donde la electrónica se disfruta a un ritmo más pausado, ideal para quienes buscan un toque de *glamour* sin perder el *beat*. El *cover* oscila entre 35.000 y 50.000 pesos, dependiendo de la noche y de los artistas invitados, aunque es normal que no haya *cover* antes de las 11 de la noche.

“El objetivo es que la gente viva una fiesta con altura, tanto en ubicación como en estilo”, afirma Pablo Albarra, *DJ* de Saint Tropez. “Aquí el *beat* es elegante: para bailar, pero también conversar y disfrutar del panorama”, agrega. Saint-Tropez es el contrapunto perfecto al *underground*: un refugio de sofisticación y sonido moderno que ofrece noches memorables suspendidas sobre la ciudad.

Pablo Albarra, *DJ* colombiano reconocido como uno de los más jóvenes en tocar en Saint-Tropez Club.



Octava Club

Carrera 8 # 63-41

Octava, más que un bar, busca ser es una experiencia sensorial donde la música electrónica se fusiona con las artes visuales. Fundado en 2015 por los hermanos Gerardo y Nicolás Pachón, se ha convertido en un punto de encuentro para amantes del *house* y *deep house*. Su *Rainbow Crew*, fiesta LGTB de domingos y festivos, es una de las más esperadas en la escena capitalina. El lugar destaca por su acústica impecable.

“En Octava no solo escuchas música: vives un *show* completo, con visuales que te envuelven y un sonido que te pega en el pecho”, asegura el *DJ* Mario Correa. Con un diseño dominado por triángulos y un *main stage* de dos pisos con zonas *VIP*, este club ofrece una atmósfera intensa y envolvente que transporta a los asistentes a una verdadera nave electrónica. El precio de la entrada varía entre 35.000 y 100.000 pesos, según el evento.



Mario Correa, *DJ* de Octava.



Santiago Cely, DJ.

Tech House Japi Studio 85

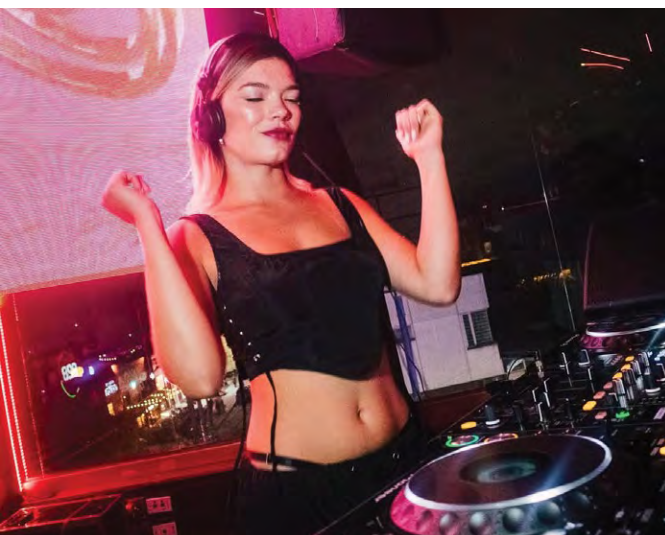
Carrera 14A # 83-23

Japi Studio 85 es un laboratorio sonoro donde el *tech house* se cocina en vivo y a todo volumen. Este subgénero, nacido de la fusión entre la contundencia del *techno* y la sensualidad rítmica del *house*, apuesta por bajos profundos, los *beats* constantes y las atmósferas hipnóticas que invitan a perderse en la pista.

Entre paredes de concreto, luces de neón y visuales que hipnotizan al sincronizarse con cada golpe de bombo y envolver a la mirada en un *loop* infinito, el lugar vibra con una estética industrial que se mezcla con la energía desbordada de su público. La acústica perfecta y la atmósfera envolvente convierten cada noche

en un viaje, donde el *beat* no solo se escucha, sino que se siente en el pecho. El *cover* suele ser de 15.000 pesos, lo que lo convierte en una de las opciones más asequibles de la ruta.

Aquí, el *tech house* no es solo un género: es el lenguaje que conecta a la cabina con la pista. Santiago Cely, uno de sus nombres más recurrentes, sabe leer ese código a la perfección, modulando la energía con *sets* que fluyen entre lo hipnótico y lo explosivo. Como él mismo dice: "Mi misión no es poner canciones, es crear momentos que la gente quiera volver a sentir". Japi Studio 85 es así: un punto de encuentro donde la noche se vive intensa, el *beat* es protagonista y la fiesta se convierte en una experiencia que trasciende las horas.



Elisabeth Moon, DJ reconocida de Capri.

Capri

Calle 83 # 12A-36

Capri ofrece un refugio íntimo en la Zona Rosa. Sus paredes pintadas con murales, luces tenues y una programación que va desde el *deep house* hasta los sonidos experimentales, lo convierten en un espacio distinto dentro de la escena. "Aquí la idea no es solo bailar sin parar, sino también encontrarse, comer, conversar y dejar que la música acompañe ese encuentro", cuenta Elisabeth Moon, DJ. Para ella, Bogotá vive un momento clave: "Hay un público nuevo, con ganas de explorar. Capri busca ser la puerta de entrada para quienes quieren acercarse a la electrónica sin sentirse intimidados". La entrada está entre 25.000 y 35.000 pesos.

La música es variada y sorprendente. Aunque el *deep house* es uno de los géneros que más suenan, el lugar también se arriesga con sonidos



Daniela Villamizar, *DJ*. Una de las mujeres más reconocidas en el 303 Lab.



Uno de sus mejores tragos de 303 Lab es el *jagger bomb* y su coctel *jager meister*.

experimentales que cambian noche a noche. No es raro escuchar *sets* que incluyen atmósferas ambientales, percusiones poco convencionales o exploraciones electrónicas que rompen con lo esperado. Esa flexibilidad ha hecho que Capri se convierta en un laboratorio de exploración musical, en el que cada sesión es una oportunidad de descubrir algo distinto.

303 Lab

Diagonal 40A # 7-40

303 es un club que no se anda con rodeos. Su nombre homenajea a la legendaria Roland TB-303, sintetizador que definió el sonido del *acid house* en los años ochenta. Esa referencia ya anticipa lo que sucede en su interior: un culto al *techno* en su versión más pura, sin concesiones ni adornos. Al entrar, el visitante se enfrenta a un espacio oscuro, con muros desnudos y luces estroboscópicas que se encienden al ritmo exacto del bombo, creando un ambiente hipnótico. En este caso no hay pago para entrar, pero sí una tarifa para consumir bebidas.

A diferencia de otros clubes donde la puesta en escena es protagonista, en 303 la decoración es mínima. La atención está puesta en el sonido. La cabina se encuentra al nivel de la pista, casi mezclada con el público, lo que borra la distancia entre artista y asistente. Esa cercanía convierte cada presentación en un intercambio directo: el *DJ* percibe cada movimiento del público y responde con variaciones en los *beats*, construyendo un diálogo sonoro que puede extenderse durante horas.

Entre quienes animan la cabina está Daniela Villamizar, *DJ* bogotana que combina *sets* de *deep house* con sonidos experimentales. Para ella, 303 Lab es un lugar clave para arriesgarse: "Aquí puedo probar música nueva, leer al público y llevarlos por un recorrido distinto cada noche. No es un sitio que pida *hits* o lo que ya conocemos, sino que invita a sorprender". Esa libertad artística ha convertido el lugar en una plataforma para proyectos emergentes. ^{DB}

Recuerdos de otros lugares que laten en Bogotá

A Bogotá llegan personas de todo el país y de todo el mundo. Cinco de ellas nos cuentan cómo el brillo de la ciudad se mezcla con la ausencia de lo que dejaron atrás. Entre ruanas, fotos, recetas y memorias familiares, se dibuja el mapa emocional de quienes llegaron buscando un futuro, pero siguen atados a la calidez de su hogar.

Texto: Fabiana Quintero
quinterop_f@javeriana.edu.co

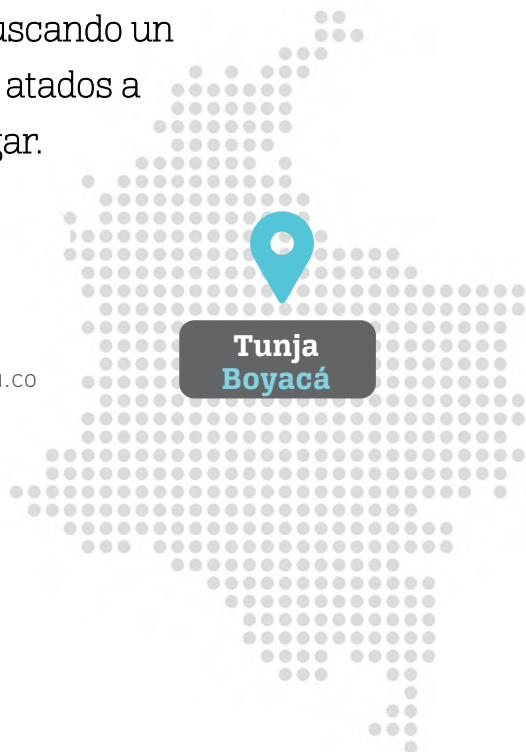
Fotos: Archivo personal.



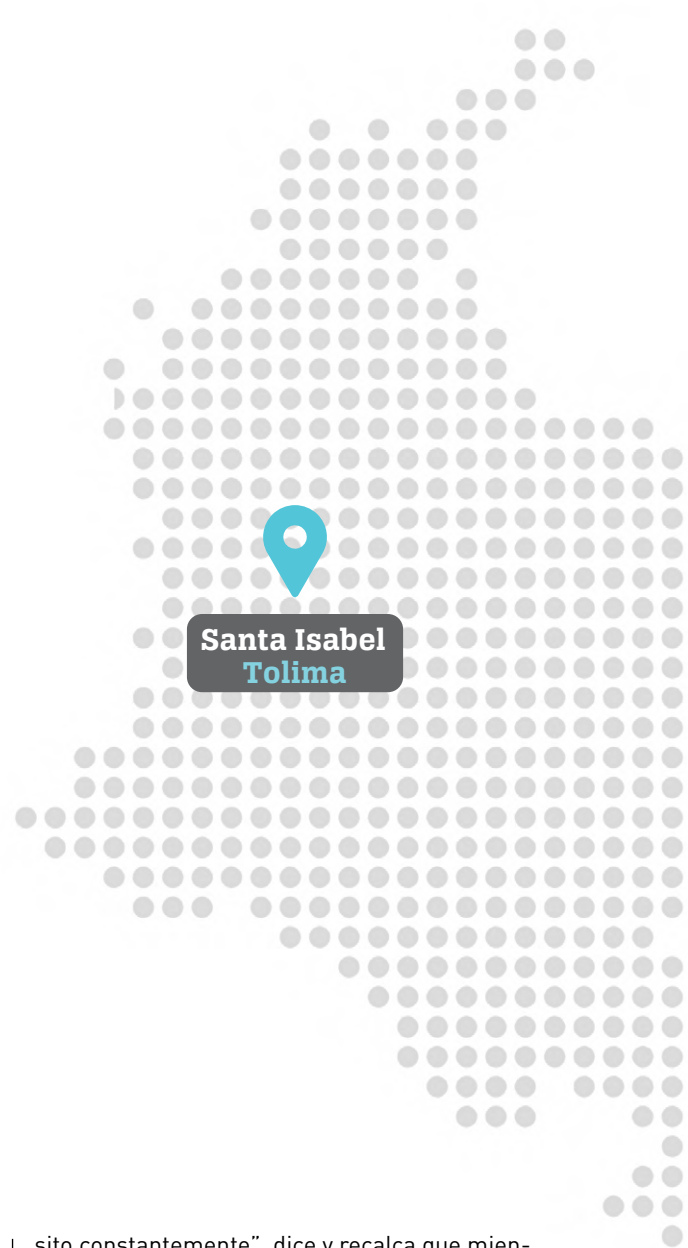
Camilo Gutiérrez

En Tunja las noches eran distintas. Camilo salía a correr con su mascota, sintiendo el aire frío del campo y la compañía fiel que ahora solo vive en recuerdos. Desde que llegó a Bogotá a estudiar medicina en la Universidad Nacional, se aferra a rituales simples: cocinar y releer los libros que alguna vez compartió con su familia. Entre clases y madrugadas de estudio, extraña los recorridos en ciclo familiares de los fines de semana, esas rutas que le devolvían la calma y la risa.

Se trajo una ruana y un peluche, talismanes que lo acercan a la memoria de su tierra. “Mi forma de pensar ha cambiado mucho, me he vuelto más maduro y responsable”, afirma, como quien sabe que crecer implica soltar un poco, pero sin perder la raíz. Su Bogotá nocturna es más silenciosa, pero siempre lleva en la mente la brisa de las montañas boyacenses.



Tunja
Boyacá



Laura Alzate

Para Laura, la noche de Santa Isabel estaba marcada por el ejercicio y el calor familiar. En la Universidad Colegios de Colombia (Unicoc), donde estudia odontología, esa calidez se reemplaza con el eco de sus pasos y las luces de la ciudad. A veces vuelve a Ibagué (dónde reside actualmente su familia) o a su pueblo para sentir que el tiempo no se ha estirado tanto. Extraña los almuerzos de fin de semana con su familia y la cercanía de su prima. “Voy y los vi-

sito constantemente”, dice y recalca que mientras haya disposición de organizar los tiempos para ver a su familia, se puede.

En su escritorio guarda una foto de su novio. Es su ancla emocional, un pedazo de casa en medio de la vida universitaria bogotana. Dice que verla le recuerda que los afectos no se disuelven con los kilómetros. Aunque la capital le ofrece oportunidades, la nostalgia se cuela en cada noche fría, recordándole que hay un lugar donde las despedidas no son tan largas.

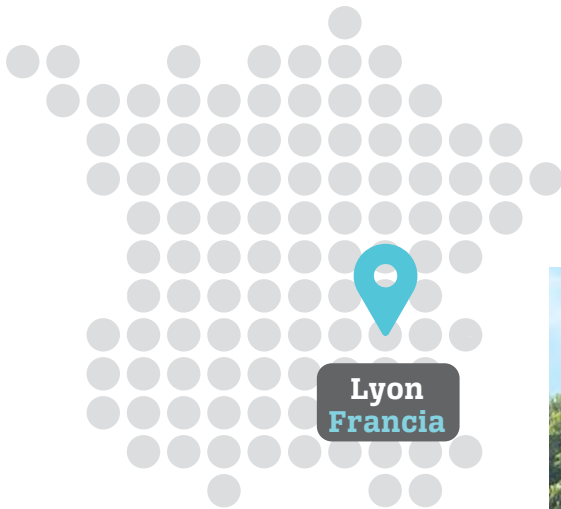
Richard Brito

En Barrancas, Richard disfrutaba las noches comiendo con su mamá o visitando la finca con su papá y su hermana. Bogotá lo recibió con un ritmo distinto, menos familiar y más acelerado. Ahora, entre clases de odontología, en la Universidad Colegios de Colombia (Unicoc) encuentra refugio en sus compañeros y en la cocina: prepara platos típicos mientras conversa con su mamá por teléfono, llenando la casa del aroma que lo transporta a La Guajira.

Recuerda con añoranza la tradición de ordeñar vacas y hacer queso, costumbre que la ciudad no puede reemplazar. “He cambiado mi forma de pensar, de ser de pueblo a vivir acá”, dice y luego agrega: “Ya no puedo pensar que a cualquier lado llego en quince minutos”, afirma, consciente de que la adaptación trae consigo pérdidas. Entre sus pertenencias destaca un retrato con su mamá y dulces típicos que trajo de su tierra, que guardan un sabor y un cariño imposibles de olvidar.



Barrancas
La Guajira



Oliver Morel

Para Oliver las noches en Lyon estaban llenas de música y movimiento: trabajaba como *DJ* y encontraba en la pista de baile su refugio. En Bogotá la rutina universitaria lo llevó a cambiar los torneos por libros de derecho en la Universidad de Los Andes. Extraña profundamente a su abuela, su perro y su hermana, la familia con la que antes compartía cenas y risas hasta la madrugada.

Cocinar es su forma de volver a casa. Prepara recetas que le recuerdan a su madre, cuya sazón marcó su infancia. La tradición de correr con su perro es ahora solo un recuerdo, reemplazado por caminatas solitarias por la ciudad. "Mi visión cultural ha cambiado mucho", admite, consciente de que la distancia transforma. Entre sus tesoros guarda un collar que le regaló su mamá, un pequeño amuleto que lo acompaña en cada noche bogotana.





Foto: Fabiana Quintero.

Kengo Kusakabe

Yokohama, Japón

En Yokohama Kengo disfrutaba recorrer nuevos restaurantes, para explorar sabores y ambientes que lo conectaban con su cultura gastronómica. En Bogotá, a tres meses de haber llegado, hace parte de un programa de formación en idiomas extranjeros: estudia español de nivel empresarial en la Pontificia Universidad Javeriana para fortalecer sus habilidades de comunicación intercultural y ampliar su perspectiva global.

Lo apasiona el aprendizaje continuo, el intercambio cultural y generar un impacto significativo tanto en el ámbito profesional como personal. Extraña la limpieza y el orden de las calles japonesas. “En Japón no hay basura en

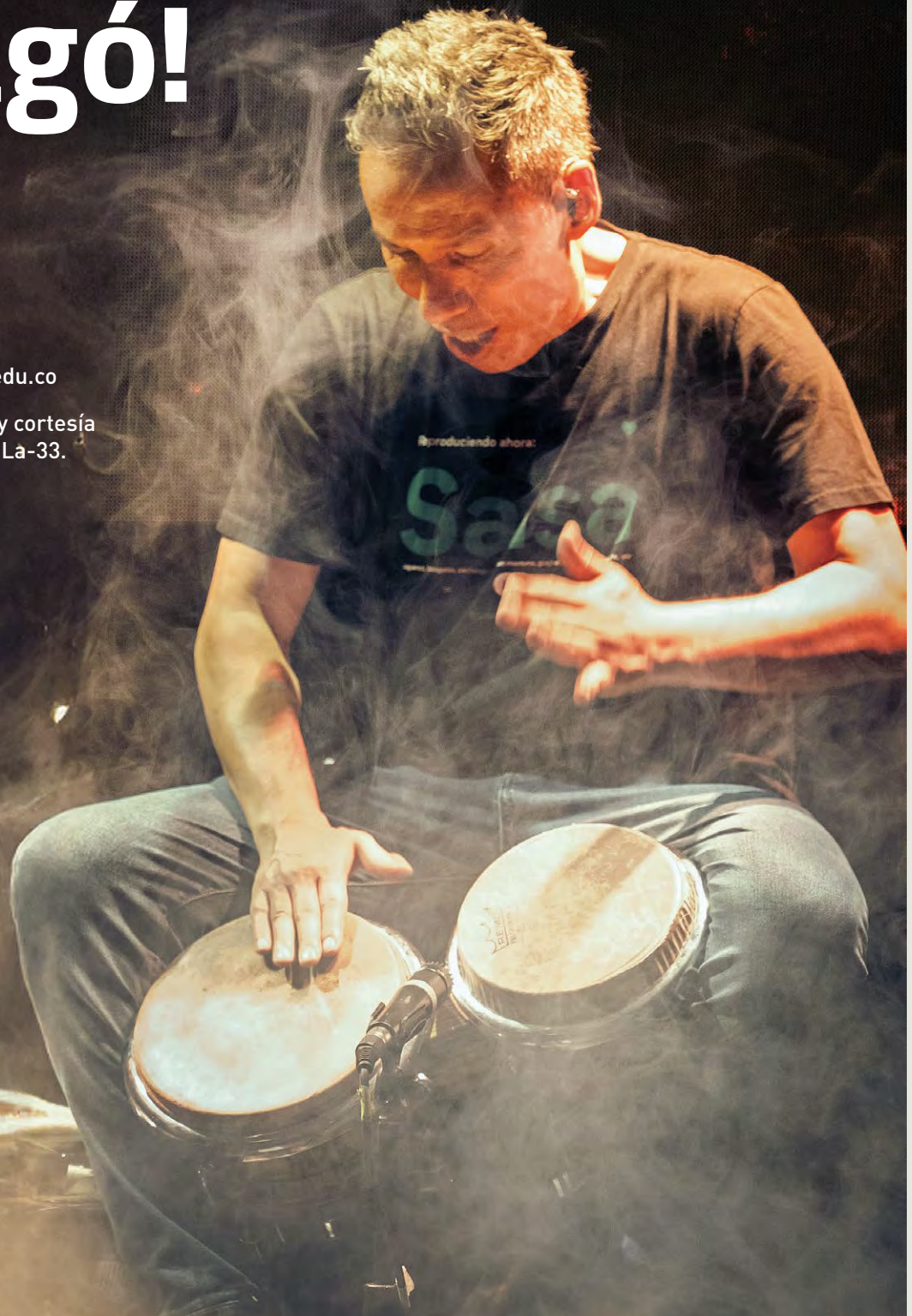
las calles”, comenta con risas y nostalgia, reconociendo que, aunque Bogotá le ofrece experiencias nuevas, la esencia de su hogar siempre lo acompaña. Trajo consigo un amuleto llamado *omamori*, que se lo obsequió un amigo antes de salir de Japón, y explica que “se lleva para proteger contra desgracias y atraer buena suerte”.

Yokohama
Japón

¡Suelta el bongó!

Texto: Julián Sánchez
sanchez.jf@javeriana.edu.co

Fotos: Julián Sánchez y cortesía
de Diego Sánchez y de La-33.



A golpe de percusión, Diego Sánchez encontró el modo de expresarse. Su pasión por la música lo ha llevado de Bogotá a escenarios inimaginados en todo el mundo, guiado únicamente por el impulso de tocar. Hoy ese impulso lo mantiene en pie, como una fuerza que nunca se apaga. Su viaje como percusionista se materializó en una orquesta y así nació La-33, su familia desde hace más de 20 años.

Diego Sánchez nació en Bogotá en 1974, en el seno de una familia que, aunque no dedicada profesionalmente a la música, siempre valoró el arte y la expresión creativa. Antes de saber leer partituras, tocaba ollas, tarros y cualquier cosa que pudiera percudir. Lo que algunos llamaban ruido era su lenguaje secreto. Sus padres, atentos a esas señales, marcaron para siempre la vida de su hijo a los ocho años, cuando decidieron regalarle una organeta Casio PT-80. Ese pequeño teclado sería la puerta de entrada a un mundo que aún hoy sigue recorriendo con la misma curiosidad con la que de niño golpeaba las tapas de las ollas.

Sin clases, sin teoría, sin nombres para los sonidos, Diego comenzó a sacar melodías de oído. Eran los años ochenta en Bogotá y la emisora 88.9 llenaba los hogares bogotanos con pop y rock. Diego escuchaba, procesaba y reproducía. Era como si la música no pasara por su cabeza, sino directamente por sus dedos. Lo hacía por pura intuición, por placer, sin saber que eso que sentía ya era una forma de vocación. Al ver su entusiasmo constante, sus padres pensaron que valía la pena canalizar ese impulso y lo inscribieron en clases de piano.

Por esa misma época, en el colegio La Salle de Bogotá, Diego se unió a la tuna, esta vez como cantante. Cantar no solo le abrió otra puerta expresiva, sino que también le permitió empezar a desarrollar otras aptitudes musicales. Más adelante, cuando pasó al Colegio Nacional Restrepo Millán, se enamoró del país por el oído. Fue allí donde comenzó a aprender guitarra, incorporando otra dimensión sonora a su camino.

Afuera del colegio, mientras sus hermanos tomaban el camino que parecía obvio —ingenie-

ría, arquitectura, carreras “formales”—, Diego tenía claro lo suyo: quería estudiar música. Lo intentó. Se presentó en la Javeriana, en la Pedagógica, en Los Andes, y fue admitido en todas. Sin embargo, la presión familiar, la idea de que “la música no da para vivir”, lo empujó a otro lado. Finalmente optó por estudiar ingeniería industrial en la Universidad de América. Sin embargo, la música nunca lo soltó, y tampoco él a ella.

Durante su pregrado Diego tuvo su primer encuentro directo con la percusión, un momento que cambió para siempre su rumbo musical. Fue en una reunión cualquiera, de esas que no prometen mucho más que charla y algo de música ambiental, cuando escuchó por primera vez con atención una conga en vivo. Un percusionista la estaba tocando, y ese sonido profundo, vivo y rítmico lo atrajo como un imán. Desde entonces aprendió de manera autodidacta, sin profesor ni escuela; solo tenía las ganas, el oído y el instrumento.

A medida que desarrollaba esa nueva voz, empezaron a abrirse puertas. Estando aún en la universidad, aparecieron las primeras oportunidades para tocar en bandas. Era mediados de los años noventa y el *ska-punk* emergía con fuerza en Bogotá. En 1995, asistió al primer Rock al Parque. Allí conoció a La Giganta, una banda de *ska-punk* que formaba parte de esa primera oleada del festival. Le llamó la atención que en medio de la formación rockera típica —batería, bajo, guitarra, voz— tuvieran un bongó. Le pareció innovador y poderoso.

Al año siguiente, en 1996, el percusionista de La Giganta dejó la banda, y comenzaron a buscar reemplazo. Diego no recuerda exactamente cómo llegó a esa convocatoria, pero lo cier-



Diego ha
compuesto
y arreglado
13 canciones
de su autoría
para La-33

En el año 2001, Diego Sánchez se unió a la orquesta La 33

to es que se presentó. Llevó su bongó, tocó un par de ritmos improvisados y, de inmediato, fue aceptado.

Tocó con La Giganta en las ediciones de Rock al Parque de 1996 y 1997, y se convirtió en el percusionista estable del grupo. Con el tiempo fue incorporando más instrumentos. Tocaban en todos los rincones posibles de la ciudad. En una época en la que los escenarios para el rock eran escasos, esas presentaciones eran casi actos de resistencia artística.

Después, por amigos de la universidad se acercó a la salsa de verdad, con profundidad y escucha atenta. Se enamoró de ella por completo, fue un cambio de chip. En ese contexto nació un anhelo que parecía inalcanzable: hacer parte algún día de una orquesta de salsa. A diferencia del ambiente más informal y espontáneo del rock, donde no se exigía estudio ni había un criterio profesional claro, la salsa se percibía como otro nivel. Una orquesta con sección de metales, director, pianista, bajista, cantantes y demás miembros implicaba rigor, conocimiento y disciplina.

Ese deseo inicial se fue transformando en una pasión concreta. Comenzó a sumergirse en la música latina, a escuchar con atención y, sobre todo, a coleccionar vinilos. En la casa de sus padres aún permanece una parte importante

de esa colección que empezó durante los años noventa y que continuó expandiendo hasta bien entrados los años 2000.

En el 2001, llegó una oportunidad decisiva: un amigo percusionista, que ensayaba con un grupo emergente en Teusaquillo, le habló de una vacante en una orquesta llamada La-33, que ya comenzaba a destacarse en la escena independiente de música latina en Bogotá. El conguero del grupo se había ido y necesitaban un reemplazo. Este amigo, convencido de su talento, lo recomendó sin dudar. Lo llamaron para una audición.

La idea de presentarse a una audición para una orquesta de salsa lo llenó de temor, pero también de emoción. Sabía que se enfrentaría a algo muy diferente a lo que había vivido hasta ese momento. La prueba fue directa: sin partituras, sin ensayos previos. Se presentó y tocó con lo que sabía, improvisando, con la intuición que dan el oído entrenado y el corazón dispuesto. Una de las piezas que tocó en esa audición fue *La pantera mambo*, un tema que ya hacía parte del repertorio del grupo junto con *Soledad* y *Qué rico boogaloo*.

La audición fue exitosa y quedó seleccionado. Ese momento marcó un quiebre definitivo en su vida: entendió que la salsa no solo era un gusto, sino su camino. La experiencia con La-33 reveló un nivel de profesionalismo que no había vivido antes: los músicos leían partituras, los arreglos eran estructurados y complejos, el ensamble funcionaba con precisión.

Fue también el momento de decidir su futuro, pues aunque había terminado sus estudios en ingeniería industrial en el 2000, supo con certeza que no quería trabajar en ello. Sus padres, quienes siempre le habían pedido que terminara una carrera universitaria antes de dedicarse a lo que quisiera, no se opusieron a su decisión. Había cumplido con esa etapa y ahora tocaba hacer música.

Cuando se unió a La-33, el grupo apenas comenzaba. Tocaban en bares, combinaban temas propios con *covers* y eran parte de una escena todavía en construcción. Los fundadores —Sergio Mejía, Santiago Mejía y Guillermo Celis— ya tenían una visión clara: convertir



Diego también es intérprete, arreglista, compositor y DJ.

la banda en un proyecto sólido, con proyección. Al contrario, para muchos de los músicos que hacían parte del grupo en ese momento, la orquesta era solo un espacio para tocar y ganarse algo de dinero. No todos veían allí un proyecto de vida.

En el 2003, grabar un disco seguía siendo una meta lejana para la mayoría de músicos independientes en Colombia. Acceder a un estudio de grabación profesional era costoso y aún más si se trataba de una orquesta de salsa, que requería múltiples músicos, arreglos complejos y tiempo de estudio prolongado. En ese entonces los *home studios* eran escasos y la idea de grabar desde casa era más una excepción que una norma.

La orquesta La-33 se enfrentó precisamente a ese obstáculo: querían grabar su primer disco, pero no contaban con los recursos económicos necesarios. Fue entonces cuando surgió una oportunidad determinante: el bar Quiebracanto, ubicado en el centro de Bogotá, un lugar emblemático de la salsa fundado en 1979. Allí, a esta joven agrupación se le dio la oportunidad de presentarse regularmente. Tocaban versiones de clásicos del género y, poco a poco, empezaron a introducir sus propias composiciones originales.

En ese contexto decidieron convertirse en la banda base de los viernes en Quiebracanto. Con esta residencia, y sumando otras *tocatas* los sábados, comenzaron a ahorrar con un objetivo claro: financiar su primer trabajo discográfico.

Sergio Mejía, director de la orquesta, propuso una estrategia clave para alcanzar esa meta. A cada músico se le pagaba por fecha y cada quien podía decidir si quería quedarse con su parte o aportar voluntariamente al fondo común para la grabación. No se exigía nada; quien quisiera aportar, lo hacía con libertad. De esta forma, durante todo un año lograron reunir una cantidad importante de dinero, aunque aún insuficiente.

La meta era grabar en Audiovisión, uno de los estudios más prestigiosos de Bogotá. Sin embargo, en ese momento la hora de grabación costaba alrededor de 110.000 pesos, y producir un disco completo de doce canciones, inclu-

yendo mezcla y masterización, superaba los 30 millones de pesos, una suma considerablemente elevada para la época.

El esfuerzo del primer año fue valioso, pero no bastaba. Entonces, Quiebracanto les ofreció ampliar su residencia también a los sábados. Durante un segundo año consecutivo, La-33 tocó viernes y sábado sin pausa, y el sistema de aportes se mantuvo. Este modelo informal de capitalización colectiva fue asumido por Sergio Mejía como una forma de participación empresarial. Los músicos que aportaron financieramente pasaron a ser considerados socios del proyecto, vinculando emocional y prácticamente a cada uno con el futuro de la banda.

Finalmente, apareció un aliado fundamental: Álvaro Manosalva, dueño de Quiebracanto. Impresionado por el talento, la disciplina y la propuesta sonora del grupo, decidió convertirse en el mecenas del proyecto. Confiando en el potencial de La-33, completó el monto que faltaba para financiar la grabación del disco en Audiovisión.

El resultado fue el álbum debut *La-33*, lanzado a comienzos de 2005. Este trabajo incluyó temas que ya eran populares, como *La pantera mambo* y *Soledad*, que rápidamente captaron la atención de públicos y medios. Aunque las



La-33 tiene
24 años de
trayectoria



Diego es miembro de la orquesta desde su primer álbum

disqueras no mostraron interés a pesar de los múltiples intentos del grupo por lograr distribución, una emisora jugó un papel decisivo: *La Zeta*, especializada en música tropical, decidió incluir *La pantera mambo* en su programación. A partir de ahí todo cambió.

El tema se popularizó rápidamente en medios de comunicación y llegaron las primeras oportunidades de tocar fuera de Bogotá. Cali fue uno de los primeros destinos, con una presentación memorable en el parque del barrio Obrero. Luego llegaron los viajes internacionales, con una primera gira a Quito, Ecuador, y en el 2006, la primera gira europea.

Desde entonces, la música dejó de ser solo una pasión y se convirtió en un medio de vida. A diferencia de otras agrupaciones tropicales, como el Grupo Niche, fundado y controlado por una sola figura (Jairo Varela), La-33 nació bajo una lógica colaborativa y asociativa. Cada socio, según su aporte inicial, mantiene una participación en la empresa. Esa estructura única ha sido clave para la permanencia, independencia y proyección internacional de la orquesta.

En medio de nuestra charla, Diego también compartió algunas anécdotas que dan cuenta de la dimensión que ha alcanzado la banda. Recordó, por ejemplo, que La-33 ha tocado en los cinco continentes siendo una orques-

ta completamente independiente. "No sé si seamos los únicos, pero seguro estamos en un grupo muy pequeño que ha logrado algo así", comentó. Tocar salsa en Japón, por ejemplo, fue algo que le resultó casi surreal. Aunque allá existe una tradición salsera —con agrupaciones como la Orquesta de la Luz—, llegar como colombianos y ser invitados por la recepción de su música en ese país fue una experiencia que les resultó increíble. Tocar en bares y escenarios japoneses donde, sorpresivamente, veían banderas de Colombia entre el público. Aun así, la mayoría de los asistentes eran japoneses, seguidores genuinos del sonido de La-33.

También compartió cómo fue la experiencia de presentarse en países como Marruecos, donde tocaron frente a más de 50.000 personas, todos hombres, debido a las restricciones sociales que impiden a las mujeres asistir a ciertos eventos públicos. O cómo fue llevar la salsa hasta la India.

Son momentos que le han dejado aprendizajes culturales profundos, choques que solo se viven en el camino. Pero si hay una plaza que los marcó especialmente fue Nueva York, la cuna de la salsa. Tocar en Manhattan, en los mismos bares donde surgieron las leyendas del género, fue para él como cerrar un ciclo. En una ocasión, incluso compartieron escenario con el maestro Orlando Marín y, en otra, con Alfredo de la Fe. Experiencias que, según él, confirman que aunque el camino ha sido difícil, han logrado ganarse un lugar.

No todo ha sido fácil. Diego reconoce que, aunque La-33 cuenta con una gran base de fanáticos, también tienen detractores dentro del mismo género. Eso no los ha detenido: siguen adelante, haciendo lo que aman, fieles a su mezcla, a su identidad.

Hoy, Diego sigue tocando con la misma energía que lo llevó a enamorarse del tambor, y La-33 continúa siendo una orquesta que, más que sonar a salsa, suena a Bogotá: diversa, híbrida, poderosa. Porque si algo deja claro su historia, es que la salsa no es un museo, sino un laboratorio vivo, y La-33, con Diego en el corazón rítmico del grupo, es una de sus más vibrantes pruebas. **DB**

La-33 en el *lineup* del Festival Roskilde, en Dinamarca, en el 2009.





Glory Hall asiste con frecuencia a las fiestas de Oh My Drag! Foto: Camilo Caín.

Texto: Rossana Yacelly

rossana.yacellya@javeriana.edu.co

Es una mujer de nacimiento y también una *drag queen* que se empodera a partir de su propia feminidad. Natalia Moran, conocida artísticamente como Glory Hall, cree que en el *drag* no hay reglas. A pesar de lo poco convencional que pueda ser, Glory encuentra en el maquillaje, los vestidos y las pelucas una manera de mostrarle al mundo que las personas como ella sí existen.

En los tacones de Glory

Puede que su género no cambie, pero Natalia y Glory no son la misma persona. Mientras una está en su cuarto tocando la guitarra, la otra se encuentra en el escenario bailando una canción de Ariana Grande al son de los gritos del público. Natalia tiene 29 años, su cabello rubio liso llega por debajo de sus hombros, utiliza gafas,

es tranquila, su vida es común y corriente, trabaja y va al gimnasio, pero en su interior también se encuentra Glory, que es color, brillo y feminidad. Este personaje que habita dentro de Natalia utiliza piezas de cuero, tacones de unos cuantos centímetros y ropa que refleja el *flash* de la cámara. Su maquillaje, pulido y detallado, es extrava-

Glory trabaja junto con diseñadores para crear sus trajes. Foto: Andrea Castro



gante y llama la atención. Su rostro se viste de color, con sombras anchas, los distintos tonos decoran su mirada junto con un delineado de gato que va debajo de pestañas postizas que, a simple vista, parecen pesadas, mientras el delineado de sus labios rojos sobrepasa su forma natural. Sus pelucas brillan tanto como ella, enmarcan su rostro en un cabello sedoso que complementa su *look*.

Su nombre artístico, aparte del chiste de doble sentido, es un homenaje a su abuela Gloria, y su personaje es inspirado por grandes cantantes como Shakira, Lady Gaga y Anitta. Empezó a hacer *drag* desde el 2019, de la mano de un amigo *drag queen* con quien empezó a explorar la escena bogotana.

Drag queen es un término que describe a un artista, generalmente hombre, que utiliza el estilo y la exageración de expresiones de género para la creación de un personaje. Glory es una mujer cisgénero; es decir, una persona que se identifica con el sexo que le fue asignado al nacer. Se define a sí misma como *hyper-queen* y *faux queen*, denominaciones utilizadas en la escena *drag* para referirse a mujeres (cisgénero, trans o personas no binarias) que adoptan el estilo de las *drag queens* tradicionales. Para Glory es una demostración artística que se proyecta a través de un tipo de *performance*. Sin embargo, va más allá de lo que los ojos pueden percibir y ella lo define como un “proceso interno y de autoconocimiento”.

En el mundo *drag*, lo más común sería que una mujer sea aquella que caracterice a un personaje del género opuesto, lo que se conoce como *drag king*.

—¿Por qué no hace *drag* masculino? —pregunto.

—No es lo que yo quiero expresar. El *drag* termina siendo una conexión con una parte tuya que quizás antes te costaba expresar y que, gracias a él, lo puedes hacer de una manera más fácil.

Ella no conoce más mujeres cisgénero que hagan *drag* en Bogotá. Recuerda haber cruzado caminos con una hace un tiempo, pero aparte de eso no sabe de otra *faux queen* bogotana. Al preguntarle si se siente sola, dice que sí. Adora a sus amigos de la comunidad, pero en algunas conversaciones y situaciones de convivencia le hace falta que haya alguien con quien pueda compaginar mejor.

—Igual, al final, a veces me dicen que parezco un niño *gay* en el cuerpo de una mujer, porque me encanta el *pop* y todo lo que le gusta a un niño *gay* —bromea Glory.

—Cuando hace *drag*, ¿qué siente que cambia en usted?

—Con la sensualidad cambio un montón, porque cuando soy Glory soy mucho más coqueta; en cambio, fuera de personaje, soy centrada y tímida. Al subirme a los tacones soy otra persona y se siente muy chévere.

La relación de Glory con la feminidad ha cambiado ciento por ciento desde que hace *drag*. Dice que antes se sentía limitada a usar únicamente maquillaje sutil, pero al aprender el maquillaje *drag*, este la hizo sentir mucho más empoderada de su propia feminidad. Siente que el *drag* es una invitación a que las mujeres experimenten con maquillaje exagerado sin que las tilden de “locas” o incluso “fufurufas”. Esta *faux queen* se identifica como una mujer lesbiana que, a través del *drag*, trasgrede el estereotipo de que las lesbianas se “alejan” de verse femeninas. Y, en ese sentido, ella desafía estos supuestos.

Pero Glory no es solo color por los atuendos que usa. Pilar, la mejor amiga de Natalia, piensa que “tal vez ella ve sus acciones como pequeñas, pero en un mundo tan amargo, desigual e injusto, ella pone luz, alegría, color y diversidad. Eso es algo que ella representa muy bien”. Así mismo, admira lo entregada que es a su comunidad y la dedicación por hacer cosas tan disruptivas, como hacer este arte siendo mujer.

La pandemia fue un momento decisivo para que ella decidiera iniciarse en el *drag* como autodidacta. Compró un montón de maquillaje y accesorios por Internet y practicaba viendo tutoriales en YouTube. Sus amigos *drag queens* también fueron parte del proceso y, generosamente, le dieron consejos para mejorar sus técnicas de maquillaje.

Hay quienes argumentan que las mujeres cisgénero que hacen *drag* no enfrentan los mismos desafíos que los hombres en el proceso de transformación. Glory Hall opina que, aunque los rasgos femeninos suaves sí ayudan a la hora de maquillarse, las *faux queen* pueden decidir alterar también partes de su rostro y cuerpo y tienen casi el mismo proceso de transformación que una *drag queen* tradicional.

Glory ha enfrentado distintos retos, especialmente en el momento de su vida en el que se aventuró por primera vez a presentarse en bares: ahí se dio cuenta de que estos establecimientos siguen la lógica de contratar lo que más vende. Y, en palabras de Glory, lo que más vende es un espectáculo “loco”, una bailarina



Evento de Insultala, semillero *drag* de Bogotá. Foto: Lastesas.

A la izquierda: Natalia lleva a Glory tatuada. Foto: Franca.

espectacular que haga piruetas y que siga ciertas exigencias que gustan en estos escenarios.

—O sea, me tocaría aprender a hacer piruetas, pero Glory no es una bailarina como tal. Glory es cantante, Glory hace *lip sync* —dice con confianza.

Cuenta que el icónico club Theatron busca *drags* que sigan una estética muy específica y suelen contratar *drag queens* tradicionales. Es decir, que sean hombres. Dice que es muy difícil entrar en ese círculo y que la escena de bares *mainstream* de Bogotá sigue siendo muy

No voy a hacer algo con lo que no me identifico



Glory Hall no conoce más mujeres cisgénero que hagan *drag* en Bogotá.

Glory en el 2022. Foto:
Camilo Caín.



cerrada, porque solamente tienen cabida cierto tipo de expresiones *drags*.

Una vez, en un bar le propusieron que se presentara durante tres noches. Ella planeó sus tres atuendos con todo el esfuerzo y dinero que requieren y, al final, únicamente la llamaron para un *show* con la excusa de tener poco presupuesto para pagarle las funciones completas. A pesar de ello, Glory vio cómo seguían contratando a otras *drag queens* todos los fines de semana. Debido a esto se alejó por un tiempo de la escena.

—¿Cree que ser una mujer cis ha influido en que tenga que enfrentar ese tipo de situaciones?

—No me gusta autodiscriminarme, yo no sé si haya tenido que ver. Entonces, si a mí no me dijeron que era por eso, pues no —responde.

En algún momento Glory se sintió un tanto fuera de lugar en la comunidad, debido al consumo de sustancias psicoactivas en la escena

drag. Y por eso dice que se autoexcluye de algunos círculos sociales:

—No me siento cómoda en este ambiente y con mi forma de ser ha sido bastante complicado.

También cuenta que en una comunidad marcada por los hombres *gays* y las mujeres trans hetero, es normal que las *drag queens* en sus actuaciones tiendan a sensualizar a los cuerpos masculinos. Sin embargo, ella, al ser lesbiana, no quiere hacer lo mismo, por más que su personaje sea femenino.

—No voy a hacer algo con lo que no me identifico —dice tajantemente.

—¿Ha sentido algún tipo de rechazo dentro de la comunidad por ello?

—No he sentido rechazo, pero hay diferencias en la forma como yo misma me incluyo dentro del mundo *drag*.

Por otro lado, una de las mejores vivencias que recuerda haber experimentado en el *drag* fue una noche en la cual las mujeres se acercaban a ella y le decían que, aunque se sentían chiquitas en un mundo dominado por hombres, Glory les hacía ver que podían encontrar su voz y mostrarse como figuras imponentes. Esto le pareció muy bonito y comenta que fue ahí cuando se dio cuenta de que estaba haciendo algo valioso, pues “no solamente me estoy divirtiendo, también estoy transmitiendo un mensaje”, afirma.

Sandra Sarmiento, su mamá, narra la anécdota de ir a ver a Glory interpretar y compartir con ella “esa rareza: ver a todos los hombres vestidos de *drag* y ella siendo la única mujer”. Admira que su hija participe dentro de la comunidad de una manera activa, pero también tan distinta.

Que haya tan pocas mujeres haciendo lo que ella hace impulsa a Glory a no dejar de lado el *drag*. La anima que a través del *drag* las personas busquen su propia luz, voz, estilo y que puedan desarrollar y expresar su personalidad.

—Siento que sí es un mensaje de fuerza para las mujeres, que dejemos de estar con la cabeza abajo y que busquemos nuestro brillo. Me motiva el hecho de ser una especie en vía de extinción. ^{DB}

Vidas en recuperación



La rehabilitación de alguna adicción es desafiante para quienes la viven y su entorno. Las drogas y el alcohol arrastran hacia abajo, pero en la Fundación Paso a Paso los pacientes buscan levantarse, reconstruir su vida y recuperar su dignidad. Implica caídas, recaídas y un esfuerzo constante. Pero a los ojos de sus familias son un testimonio de resistencia y una posibilidad de renacer.

“Hazme caso o le digo al señor que está debajo del puente que te lleve a vivir con él”. Parece una amenaza para calmar a un niño que ha crecido bajo un techo privilegiado, con una familia; un niño que se levanta y desayuna antes de ir al colegio, regresa a casa, almuerza, hace tareas, juega con sus amigos, hace algún deporte, toca un instrumento y recibe un beso de buenas noches. Lo que no se piensa es en el hombre bajo del puente, que también fue ese niño alguna vez.

Texto: Isabella Salazar Serrano
i_salazar@javeriana.edu.co

Fotos: Isabella Salazar Serrano
y Andrés Felipe Barón Zuluaga

Andrés, exadicto y hoy guía terapéutico, duró más de quince años consumiendo todo tipo de drogas y alcohol.



531.000
personas
padecen
de abuso o
dependencia
a las drogas
en Colombia

Al llegar a la Fundación Paso a Paso, se siente un aire de ilusión y esperanza que ronda entre el verde del lugar. Es un sábado de visitas familiares y se cocina en leña un sancocho de gallina. Una por una, llegan las familias de los internos con la fe intacta: madres, esposas e hijos anhelan recibir el abrazo de esa persona que ha iniciado un proceso de rehabilitación. Cada uno tiene una historia diferente, un pasado doloroso y un camino de altibajos hacia la recuperación. El primer paso ya se dio.

El día en la Fundación empieza con una reflexión, oración o meditación. Después, cada residente participa en las tareas diarias de la casa: cocinar, limpiar, mantener el espacio, entre otras. Y luego vienen las terapias: psicología, trabajo social, terapia ocupacional y espacios de crecimiento espiritual.

La vida sumergida en la noche

En la puerta, recibiendo los alimentos que traen las familias, se encuentra Andrés. Él es actualmente uno de los guías terapéuticos de la Fundación, pero alguna vez también pasó por un proceso de rehabilitación. Lleva ocho años limpio de heroína y un año sin consumir ningún tipo de droga.

Un día, como cualquier otro, cuando tenía doce años, Andrés ‘capó’ una clase de matemáticas

y se fue con los niños grandes que escuchaban *metal* y *punk*, y ahí se drogó por primera vez. Probó el famoso “mangazo”; es decir, en la manga de la chaqueta del uniforme puso un líquido para limpiar impresoras y lo inhaló. Sintió que su mente dejaba el mundo por un momento y, desde entonces, no volvió a sentir la vida igual.

Andrés dejó de socializar, se aisló y en su mente apareció una voz —tan aferrada a sus pensamientos como él a su camiseta de Millonarios— que le decía que todo era motivo de celebración, de alcohol y drogas. Andrés asegura que nunca dejará de oír esa voz y estará eternamente atado al demonio que dejó entrar aquel día.

Años después, llegó a la “olla del Sanber”, un conocido sector de Bogotá de expendio y consumo de drogas que concentra dinámicas de microtráfico, crimen, violencia y marginalidad social. Ahí compraba su dosis de heroína, recogía pedidos para vender y robaba. En ese tiempo, cuenta, cayó inconsciente seis veces por sobredosis de heroína. Despertaba en el hospital, amarrado y con un dolor que recuerda insoportable. Y su madre, que siempre estuvo ahí, le repetía: “¿Por qué hijo?, ¿qué pasó?”.

Después de negarse a aceptar que tenía un problema, decidió mirarse al espejo. Medía

1,75 metros, pero pesaba apenas 35 kilos. Su adicción no solo lo consumió a él, sino también a su familia: su madre también estaba cada vez más delgada y parecía apagarse junto a él, porque mientras Andrés estaba en su peor momento, ella pagaba las consecuencias, como sucedió cuando los echaron del apartamento en el que vivían porque Andrés tumbó las puertas de varios de sus vecinos y agredió a algunos ellos.

Pero para que su hijo se pudiera recuperar, ella tuvo que vencer ese estado de "coadición" que afecta a los familiares de los adictos, quienes, movidos por el amor, terminan justificándolos y cayendo en su manipulación. Les cuesta diferenciar entre el amor incondicional y ese círculo dañino que solo se puede romper cuando el adicto y su familia deciden emprender el proceso de sanar.

"Uno come tanta mierda que ya no le sabe feo", explica Andrés, y recuerda que se acostumbró a una vida sumergida en la noche, olvidó que alguna vez existió el sol y que aún era posible ver el amanecer. Sin embargo, el momento del cambio llegó cuando se dio cuenta de que todo se derrumbaba, cuando su mamá se separó de su papá, cuando su abuela, su tía y su mejor amigo murieron sin que él fuera siquiera consciente. Su madre estaba sola. Fue entonces cuando tomó la decisión: "O me interno, o me interno".

Una dolorosa verdad

Marina Díaz es la esposa de Camilo. Ahora está de visita en la Fundación y, por primera vez en mucho tiempo, se siente tranquila. Después de haber estado cinco años con Camilo, se enteró de una verdad que cambió su vida por completo: su esposo llevaba muchos años consumiendo drogas regularmente. Tal vez no lo sabía o no quería saberlo, pero lo cierto es que cuando Marina se enteró, no hubo vuelta atrás.

Camilo era parte del equipo de vigilancia del aeropuerto El Dorado: "Era una persona responsable, muy juiciosa", afirma Marina. Mantuvo oculta su adicción, hasta que se le salió de control y perdió la vergüenza. Empezó a robar en su propia casa para conseguir bazuco, a dormir en las calles, en los parques y a des-

truir a golpes el hogar que habían construido. "Llevaba mucho tiempo consumiendo drogas y solo hasta hace como cinco meses me di cuenta de que no tenía control", afirma Camilo con rapidez, porque quiere disfrutar cada segundo de la visita de esposa y su hijo.



Camilo disfruta del día y de la visita de su familia.



Jordan junto a su madre, Dora. Él ha encontrado una nueva oportunidad para rehacer su vida.



Entre el 2015 y el 2024, el 40,1 % de los casos de drogadicción en Colombia fueron de personas entre los 29 y 59 años

La terapia psicológica y espiritual es parte del proceso diario de los internos para enfrentar la adicción y prevenir recaídas.

Marina cuenta que un día a Camilo “le pagaron un dinero, y yo salí contenta de trabajar. Le dije: ‘Vamos a pagar el arriendo y almorzamos’. Pero él nunca llegó. Se gastó toda la plata y, aparte de eso, nunca más volvió a trabajar”. Días después regresó, como ya lo había hecho antes, golpeando la puerta de su apartamento. Su esposa no supo qué hacer. Llamó a Gustavo Serrano, el director de la Fundación Paso a Paso, en busca de orientación y su respuesta fue firme, pero dolorosa: “Tiene que ser fuerte, no lo deje entrar”. Con el corazón en la mano, pensando en el frío de la calle, la lluvia, el hambre de su esposo y su propia soledad, tomó una decisión: no volvería a abrir la puerta de su casa. “Aquí no vuelve hasta que busque ayuda y haga un proceso serio y completo, sin importar el tiempo”, le dijo. Ese día Marina dio el primer paso para vencer su coadicción.

En este momento están separados, pero ella siente se tranquiliza: puede dormir con sus hijos sabiendo que no están viendo las escenas terribles que tuvieron que vivir con Camilo. “Lo más difícil ha sido mantener un hogar completamente sola, económica y emocionalmente. Aun así es como si me hubieran quitado una piedra que cargaba en mis hombros”, afirma.

La iniciativa

Más tarde, el director de la Fundación, Gustavo Serrano Rojas, llama a almorzar. Algunos se sientan a la mesa con sus familias; otros, junto a todo el equipo de la Fundación. Gustavo observa la escena con calma y recuerda

que él también estuvo en ese lugar. Su historia personal explica en gran parte por qué existe este lugar: “Tuve un problema de adicción muy fuerte, el alcohol fue el que me llevó al límite. Terminé con muchos aspectos de mi vida, perdí trabajos y parejas”, recuerda.

Su propia recuperación también pasó por un momento límite: “Siempre he dicho que un adicto, para que se recupere, necesita perder y, más allá de perder, cansarse de perder”. En su última recaída antes de recuperarse tuvo un accidente en moto por el cual le suspendieron el pase, perdió a la que hoy es su esposa y su familia ya estaba cansada. Por eso, Gustavo pensó: “O sigo perdiendo o cambio y empiezo a hacer mejor mi vida”.

Su familia, desesperada, lo llevó de institución en institución: “En la primera fundación en la que estuve, me *calvearon* y mi pelo siempre había sido mi distintivo”. Gustavo cuenta que lo golpeaban y lo humillaban tirándole basura y agua.

Aquí es donde nació la idea de hacer un proceso distinto, sin repetir el maltrato. “Esto es una enfermedad. Por más que nos griten, nos peguen o nos juzguen, el cerebro va a decir ‘no importa’, siempre busca consumir. Entonces no sirve ese tipo de terapia de choque, porque no estamos haciendo lo que el cerebro realmente necesita”.

La Fundación, que empezó como un espacio de promoción y prevención en colegios y universidades, terminó convirtiéndose en una casa de rehabilitación a petición de muchas familias. Hoy funciona en una sede campestre y solo recibe personas que van por voluntad propia. Gustavo dice que trabajan con distintos pasos para llegar a la recuperación, acompañados de psicología, terapia ocupacional, espiritualidad, reeducación y trabajo social.

Paso a paso

El proceso de la sanción está basado en el modelo Minnesota —que utiliza 12 pasos y ha guiado a millones de personas en el mundo—, pero adaptado con un sello propio: “Aquí trabajamos esos pasos de una forma profunda. El primer mes tienen que haber trabajado los



primeros pasos y luego siguen avanzando. La evolución depende de ellos mismos, no de lo que el grupo opine”, explica Gustavo.

En cada etapa recorren un camino que empieza con admitir la impotencia ante la droga, reconocer la necesidad de un poder superior, hacer un inventario moral, aceptar y corregir defectos, reparar el daño causado, pedir perdón y mantener un examen diario de conciencia, entre otros, hasta llegar al último: el despertar espiritual y transmitir el mensaje y aprendizaje a otros adictos.

De lunes a viernes los residentes llevan un proceso disciplinado. Estudian y preparan sus propios avances sobre su proceso, que deben presentar frente al grupo y los profesionales. Esa dinámica los obliga a mirar hacia dentro y a reconocer culpas y errores. “Hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes hemos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño causado”, dice Gustavo ejemplificando el trabajo del octavo paso, que exige aceptar el pasado y reparar.

Contratiempo

Son las dos de la tarde y luego del almuerzo cada uno se dedica a pasar tiempo de calidad junto a su familia. Andrés ordena la cocina, Camilo juega con su bebé en una de las zonas verdes y, en uno de los salones, se encuentra un muchacho joven y alto junto a su madre.

Dora es la mamá de Jordan Gómez, otro de los internos en la Fundación Paso a Paso. Ella es madre cabeza de familia, tiene dos hijos a su cargo, y dedicó toda su vida a trabajar sin descanso para asegurarles un techo. “Yo trabajaba tres turnos: desde la mañana hasta bien entrada la noche”, recuerda, y luego comenta que Jordan ya fumaba y bebía en exceso a los 17 años.

Luego empezó a consumir todo tipo de drogas. Dora, con un nudo en la garganta, revive los días más angustiantes, los que pasaba en el trabajo sin saber dónde estaba su hijo. “Yo era la única adulta en casa y muchas veces no estaba. Y no sabía nada sobre la droga, lo minimicé, o no quise investigar más, porque el trabajo y la obligación de pagar las cuentas me



absorbían”, cuenta. Ambos conversan y tratan de aprovechar el tiempo juntos, pues en poco tendrán que despedirse.

Entrada la tarde, las familias vuelven a sus casas con miedo de que esa sonrisa honesta que vieron hoy no sea duradera, pero también con esperanza de que será un proceso exitoso. Cada día es un paso más hacia una vida libre de las adicciones y la oscuridad en la que vivían.

Al caer la noche, cada residente repasa su día con un inventario personal: qué hizo bien, qué hizo mal y a quién debe pedir perdón mañana. Así, entre rutinas sencillas, pero con mucha profundidad interior, se va sembrando la semilla de una vida distinta.

Gustavo lo resume con un lema que guía a todos los que pisan esta casa: “Solo por hoy voy a hacer las cosas bien, solo por hoy voy a mejorar como persona. La adicción no se cura, se controla, y se controla todos los días”. ¹⁰⁸

Los residentes conviven bajo reglas de apoyo mutuo en dormitorios compartidos que forman parte del proceso de adaptación a la vida comunitaria.

Estiwar G:

la voz de la sazón callejera



Estiwar G, como se conoce a Luis Fernando Arias, es un hombre que ha convertido las calles y la cocina en su voz y su lucha. Desde sus orígenes en el rap y las difíciles batallas contra las adicciones, hasta su paso por MasterChef Celebrity y la creación del Toxitour, Estiwar nos lleva a un recorrido por la autenticidad de la comida callejera y la vida de barrio. Con humor, sinceridad y sin adornos, comparte cómo encontró en la cocina popular y en las redes sociales una forma de contar historias, apoyar a los vendedores locales y reivindicar la cultura popular. Esta entrevista es un testimonio vivo de resiliencia, sabor y compromiso con lo auténtico que se cocina en cada esquina.

Texto: Saray Juliana Ortega Mendoza
sj.ortega@javeriana.edu.co

Fotos: cortesía de Estiwar G

El olor a fritanga se mezcla con el humo espeso de los carros que avanzan, sin prisa, por las calles de Kennedy, ese barrio que lleva el nombre de un presidente gringo, pero que aquí, en Bogotá, suena a esquina, a bullicio y a vida. Es un lugar donde la música sale de parlantes desgastados, las motos esquivan transeúntes y las conversaciones rebotan en las fachadas de ladrillo. Y justo ahí, entre todo ese movimiento, aparece Estiwar G.

Lleva su gorra ladeada, unas gafas oscuras que apenas disimulan su sonrisa, y camina con ese paso seguro de quien sabe que lo reconocen, pero no lo dice. La gente lo saluda, le gritan cosas, le piden fotos; él responde con un “¡Socio!” que arranca risas. Su presencia no es solo la de un personaje viral, sino la de alguien que encarna el ritmo y el humor de una localidad que sabe reírse de sí misma.

Se llama Luis Fernando Arias, aunque pocos lo saben. Nació en Cartagena, pero fue Bogotá

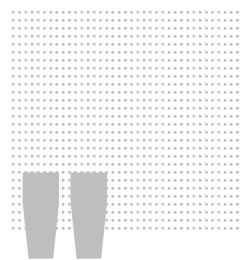
la que terminó dándole un escenario. Ahora lo conocen como Estiwar G, el tipo que encontró, en el doble sentido, una forma de contar el mundo. En 2022 lo vimos en MasterChef, donde no solo cocinó, sino que llevó su picardía y estilo a las pantallas. Hoy se dedica al Toxi-tour, un recorrido por todas las localidades de Bogotá en busca de tesoros gastronómicos escondidos en las calles.

Nos encontramos en un restaurante de Kennedy, de esos que pasan desapercibidos pero esconden joyas gastronómicas. Nos sentamos en una mesa de plástico y, mientras la tarde avanza y los niños juegan a lo lejos, la conversación con Estiwar empieza a tomar forma.

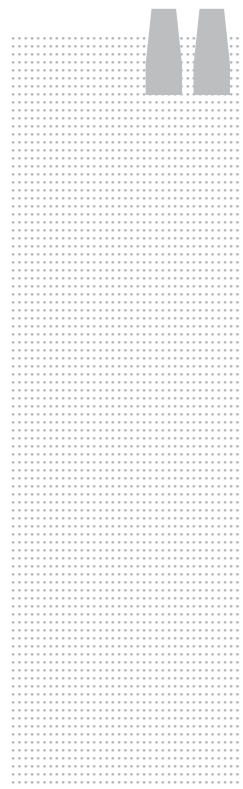
Directo Bogotá (DB): ¿Quién es la persona que está detrás de Estiwar G?

Estiwar G (EG): Parce, detrás de este ñero está Lucho, Luis Fernando Arias. Soy un man de barrio que ha vivido a punta de “ñapo y chispa”, aprendiendo de errores y aciertos.

A los 13 años me fui de la casa y me metí en el parche del rap. Empecé rapeando en las esquinas, soñando con ser M. C., pero también me topé con Judas en forma de falsa hermandad. Me enredé con parceros traicioneros, tomé



La gente conectó de una y compartía esos videos. Así nació Estiwar G: un ñero de pura cepa que, con un celuco chueco y ganas de contar la calle, hizo su propio sello



Estiwar G señalando un asado callejero: carne al palo.



malas decisiones y terminé en centros de rehabilitación pa pelear contra las drogas y retomar mi rumbo.

DB: ¿Cómo logró salir adelante?

EG: Parce, eso ha sido una pelea diaria. Probé de todo: marihuana, cocaína, éxtasis, hasta bazuco y, la verdad, eso te vuelve loco; la que más me pegó fue esa, sin duda. El alcohol también fue una trampa dura: yo amanecía en las calles, tuve que vender mi ropa... las adicciones son muy duras.

No fue un cambio de un día para otro: pasé por psicólogos, centros de rehabilitación y grupos de apoyo. Pero lo que de verdad me sacó del hueco fueron mi familia y mi fe. Mi esposa y mi hija me esperan cada día con una palabra de aliento, y eso me da fuerzas para no caer.

Hoy estar limpio sigue siendo complicado; a veces la tentación está al doblar la esquina, pero me levanto con la misma garra con la que

grabo cada video. Con Estiwar G encontré una forma de contar mi historia, de soltar lo que he vivido y, ojalá, de inspirar a otros que luchan en la misma batalla.

DB: ¿Cómo nace Estiwar G?

EG: Uff, pues todo empezó con un celular viejo cuya cámara estaba fallando: ni enfocaba bien ni servía la selfi, así que me tocaba grabarme con la trasera, acomodando el teléfono para que entraran mi cara y el barrio de fondo.

Grababa rimas improvisadas mientras pasaban carros, se oían bocinas y el rugido de las motos; sabía que tenía que sonar auténtico, sin filtro. Poco a poco le fui añadiendo la gorra ladeada y las gafas oscuras para darle identidad al personaje.

La gente conectó de una y compartía esos videos. Así nació Estiwar G: un ñero de pura cepa que, con un celuco chueco y ganas de contar la calle, hizo su propio sello.

DB: ¿Cómo fue su experiencia en MasterChef Celebrity 2022?

EG: ¡Una chimba! Era la primera vez que pisaba un estudio de cocina profesional, con cámaras y todos los juguetes. Yo llegué armado con cuchillo y sartén. Allá aprendí una mano de técnicas que usan los cocineros duros, pero representando mis raíces. Siempre le metía ese sabor callejero que me identifica, ese toque que hace que la gente diga: "Esto está bueno, esto es auténtico". Obviamente, hubo retos que me hicieron ver todo muy complejo, y a veces me dieron ganas de rendirme, pero también fue un espacio donde me di cuenta de que puedo llevar sazones como el de la fritanga a otro nivel, ¿sí pillas? Como un nivel más *gourmet*, manteniendo la sazón de barrio.

DB: ¿Qué plato de ese programa recuerda con más cariño?

EG: ¡La arepa'e huevo que me tiré con guiso de cerdo y ají costeño, parce! Esa vuelta fue una chimba. Una arepa bien infladita, crujiente por fuera, y por dentro, un guiso de cerdo que estaba pa chuparse los dedos, con ese picantico sabroso del ají costeño.

Estiwar G en MasterChef Celebrity: llevando el sabor callejero al nivel *gourmet*.



Ese reto fue una gonorrea, me tocó sudarla, pero cuando la saqué del sartén y vi cómo quedó, supe que estaba dura. El jurado la probó y soltó un “¡puro sabor!” que me hizo inflar el pecho. Esa arepa quedó pa la historia, parece.

DB: ¿Cómo surgió la idea del Toxitour?

EG: El Toxitour nace de una manera bien espontánea, como todo lo bueno. Estaba parando en el barrio Santa Fe, buscando unas empanadas de pizza que me habían recomendado, a una luka. Llegué y ya no había gente; esas empanadas se vendían temprano. Entonces, en vez de irme de una, me dije: “¿Por qué no hago un recorrido por todos los chuzos que venden empanadas aquí?”. Siempre he creído que las empanadas más ajisosas están en los barrios más calientes, y el Santa Fe es uno de esos lugares donde la comida tiene sabor e historia. Así que me tiré de cabeza a grabar todo y montarlo. La gente lo acogió de una manera brutal, y ahí fue cuando me di cuenta de que había algo real en ese contenido.

Antes veía a muchos fifi recomendando restaurantes caros, con platos que ni siquiera entendía. Yo quería mostrar lo que realmente come la gente en la calle, lo auténtico, lo que nos une.

DB: ¿Qué significó para usted y para su audiencia el Toxitour?

EG: El Toxitour ha sido una bendición pa la gente. Al principio yo solo quería mostrar lo que se come en la calle, lo real, lo que nos une. Pero pronto me di cuenta de que esto ayudaba de verdad a los vendedores ambulantes. Los chuzos que mostraba, después de dos o tres semanas, me decían: “Estiwar, qué chimba ese video, porque la gente ha venido”. Ahí entendí que realmente estábamos moviendo la aguja pa quien la lucha en la calle.

Eso me motivó un montón a seguir con el Toxitour, porque vi que estaba generando un impacto positivo en la vida de los vendedores. Y no solo en el sabor, sino en su bolsillo y en su ilusión de salir adelante.

En mis recorridos por barrios como María Paz o Amparo, que muchos consideran peligrosos, he encontrado gente camelladora, con ganas

de salir pa delante. Me acuerdo de una picada brutal de pajarilla, riñón, bofe y chunchullo por solo 2.000 pesos, o de una empanada de 2.500 con mil salsas y aguamiel. Son lugares que, detrás del prejuicio, esconden historias y personas maravillosas.

DB: ¿Qué mensaje le da a quienes lo ven en redes y sueñan con contar su propia historia?

EG: Parece, no esperen la cámara más pro ni el lugar ideal: agarren lo que tengan, un celular chueco y esas ganas de mostrar su verdad, porque la espontaneidad conecta más que la perfección; graben desde su voz única, cuenten esas historias de la abuela, del primo grafitero o de la tía del barrio, y pónganle corazón y constancia; posteen una vez a la semana, compartan anécdotas, respondan a su gente, aprendan de los errores (audio que se pierde, grabaciones fallidas o hasta una empanada que cayó mal) como lecciones gratis para mejorar y, sobre todo, construyan comunidad en vez de solo buscar seguidores, que al final el algoritmo y la audiencia premian a quien no abandona el ritmo y le mete alma a cada video. ¡Hijuepucha, a romperla!

Cuando la entrevista empieza a llegar a su fin, lo veo recostarse un poco, con esa sonrisa tranquila que no pierde ni con las cámaras. Me mira a los ojos y me dice, con esa voz pausada y sencilla: “Bueno, mi llave, esto es lo que hay. Yo sigo en la jugada, haciendo lo mío, tratando de mantener ese sabor auténtico que no se pierde”.

Hace una pausa y añade: “Lo que importa es que la gente siga comiendo rico, apoyando lo de uno, lo de los que estamos en la calle, cocinando con corazón y sin tanta vuelta”.

Se ríe suavemente, se acomoda la gorra y se despide con un saludo cálido que suena casi a abrazo: “Gracias por esta charla, parece. Ojalá esto llegue y que la gente siga gozando de lo nuestro”.

Y así, sin discursos grandilocuentes ni falsas promesas, se cierra la conversación. Queda la sensación de haber hablado con alguien real, con las manos en la masa, que vive lo que dice y que sigue pa'lante con la humildad y el sabor que siempre lo han acompañado. **DB**

Yo quería
mostrar lo
que realmente
come la gente
en la calle, lo
auténtico, lo
que nos une



Disfraces de C3PO y un guardia del templo *jedi*.

La fuerza detrás de una gran historia

Texto y fotos: Daniela López Orozco
lopezodaniela@javeriana.edu.co

Más allá de las pantallas, Star Wars ha dado origen a una comunidad vibrante y apasionada en Colombia y el mundo. La saga ha unido a generaciones de fans que coleccionan, crean, se disfrazan e incluso acompañan causas sociales. Esta épica historia se convirtió en la vida de muchos.

Hace no tanto tiempo, en una galaxia no tan lejana y en el primer piso de Titán Plaza, ocurrió una escena poco común que interrumpió la rutina del centro comercial. Eran cerca de las seis de la tarde, cuando un grupo de personajes de distintas especies interplanetarias y algunos armados con sables láser, comenzó a reunirse frente a un pastel cubierto de *fondant* negro y salpicado de puntos blancos como estrellas que simulaban la galaxia. La atmósfera era festiva y, también, casi ceremonial.

Allí estaban Anakin Skywalker, Chewbacca, Hera Syndulla, C3PO, la princesa Leia, varios mandalorianos y jedís. No eran personajes salidos de una pantalla, sino fans que, a través de disfraces, les daban cuerpo y presencia a los héroes y villanos de la épica serie de películas. Unidos, comenzaron a cantar el cumpleaños a la saga que los había marcado. En la parte superior del pastel, unas velas brillaban intensamente, iluminando el mensaje: "STAR WARS: *May the Force be with you*".

En el momento más emotivo, decenas de sables de luz se encendieron y se alzaron al tiempo, como si todos respondieran a una misma señal invisible. Era una escena de orgullo y alegría compartida. Una celebración comunitaria que no parecía de este mundo, pero que, precisamente por eso, por su poder para reunir y emocionar, merece repetirse una y otra vez.

En 1977, un joven director llamado George Lucas cambió el rumbo del cine. Con una historia sobre rebeldes, imperios galácticos y una energía mística conocida como la Fuerza, Lucas revolucionó la industria cinematográfica con una historia que ha perdurado en la memoria de millones de seguidores.

Star Wars, una ópera espacial protagonizada por un granjero llamado Luke Skywalker, que luchaba contra el imperio y el villano Darth Vader, se convirtió en un fenómeno cultural que, después de casi 50 años, sigue uniendo generaciones enteras.

Esta no es solo una franquicia de películas: es un universo en expansión donde se encuentran el heroísmo, la amistad, la lucha contra la

injusticia y la redención. También es una identidad compartida entre millones de fans que no solo recuerdan sus diálogos, sino que, además, los viven y los interpretan una y otra vez.

Cada año, el 4 de mayo, se celebra mundialmente el *May the Fourth*, haciendo un juego de palabras con el icónico "*May the Force be with you*", el lema espiritual de los personajes de *Star Wars*, casi como un "que Dios te bendiga".

Esta idea del Día de Star Wars empezó a circular en el 2000 en foros de internet y para el 2011 un grupo de fans de Canadá organizó un evento con proyecciones, concursos de disfraces y trivias, que fue considerado el primer día formal entre la comunidad.



Pastel para la celebración.



La comunidad celebrando el 4 de mayo.



Nicolás Cruz en su oficina.



Escudo de Unidos por la Fuerza.



Escudo de Mando Mercs.

En el 2013, cuando Disney compró Lucasfilm (la productora de George Lucas), la empresa comenzó a promocionar oficialmente el May the Fourth con contenido exclusivo, lanzamientos, eventos especiales y mercancía. Desde entonces, en todo el mundo, los fans lo celebran con maratones, convenciones, disfraces y homenajes a sus personajes favoritos. Es una fiesta profundamente sentida, donde la nostalgia se mezcla con la alegría y la emoción de compartir una pasión que se rehúsa a envejecer. La saga cobra vida fuera de la pantalla: en plazas, parques, centros comerciales, teatros y hasta hospitales.

“En cada era del cine, siempre hay una película que es un hito. La primera película de la saga que obtuvo esa atención en Estados Unidos, y por muchísimas semanas, fue el *Episodio 4* (estrenada en 1977), la *Star Wars* original. Todas las personas que han visto el *Episodio 4* y que se han enganchado y son fans, se han maravillado con esa primera escena”, dice Nicolás Cruz, el creador y líder del club de fans de *Star Wars* en Colombia, sobre los primeros minutos del metraje en los que aparece el mítico texto que se pierde en el horizonte y una espectacular batalla espacial que le dio vida a la franquicia y despertó la imaginación de millones de personas.

Nicolás recuerda esos encuentros con las películas como rituales únicos. En el apartamento de sus tíos, él y su primo, con las cortinas corridas y el VHS en marcha, ponían *El retorno del jedi* una y otra vez. No importaba la versión ni la calidad de la imagen. Lo esencial era repetir los diálogos, reírse de las mismas escenas o simplemente dejar correr la cinta mientras jugaban, como si la galaxia de George Lucas fuera parte del mobiliario de su infancia.

A veces había suerte y pasaban las películas en televisión por cable. Otras veces había que ir hasta un Blockbuster a alquilarla. Años después, llegaron las matinés en teatros de Chapinero, con funciones a las diez de la mañana y entradas regaladas para mantener vivos esos cines que ya agonizaban. Luego vinieron los estrenos grandes, las entradas compradas en preventa y la emoción, que no solo seguía intacta, sino que crecía.

Desde entonces, la pasión por la saga ha permanecido con Nicolás, cruzando generaciones, formatos y pantallas, hasta convertirse en su forma de vivir y contar el mundo.

Él asegura que los primeros tres minutos de la película original de la saga son la clave para enganchar a cualquiera. “El título de la película, el prólogo y luego sale una nave prácticamente encima de la cámara. Eso impacta un montón. Y estamos hablando de la generación de *boomers*, que son los fanáticos que vieron la película de niños”.

Nicolás lleva más de 20 años siendo fan de las películas y alrededor de 12 trabajando como creador de contenido sobre *Star Wars*. Tiene 36 años y se dedica a las ventas por internet. Aunque debe dividir su tiempo entre su trabajo y su gusto por este universo de ficción, su pasión hace que publique constantemente contenido relacionado con eventos, estrenos y datos relevantes a la saga.

El club de fans del que es líder tiene cerca de 14.000 seguidores, varios patrocinios e invitaciones a las *Star Wars Celebration*, la convención más grande de la saga, por parte de Disney. Nicolás dice que *Star Wars* le ha regalado muchas alegrías y le ha permitido vivir de su pasión: “Ha sido bonito, porque me ha permitido acercarme a mucha gente y tener amigos que hacen parte de mi vida, que conocen a mi familia. Esto no se centra solo en *Star Wars*, sino también en las familias, en el estilo de vida”.

Pero Nicolás no es el único colombiano que le ha dedicado gran parte de su vida a esta épica saga. Existen varias comunidades que comparten este gusto y lo han incorporado en varios aspectos de sus vidas, como Unidos por la Fuerza y Mando Mercs, dos comunidades hermanas establecidas en Bogotá.

Muchos de sus miembros se conocen hace más de 16 años, pues empezaron sus reuniones en el 2009, con una comunidad llamada La Liga *Star Wars*. Sin embargo, hace cinco años, Ómar Zamora, técnico en sistemas y piscicultura, de 56 años, y Jaime Vargas, experto en salud ocupacional, de 58 años, junto a otros entusiastas, decidieron abrir un club de fans.

“Anteriormente había creado un grupo que se llamaba La Liga *Star Wars* y éramos 45 personas con trajes. Muchos querían disfrutar su traje y hacer eventos diferentes. Entonces se crearon esos grupos”, dice Ómar.

En la parte de atrás de su tienda de animales, Ómar tiene una mesa gigante en la que fabrica sus vestuarios y da vida a réplicas casi exactas de droides emblemáticos de la saga. Sus réplicas, hechas completamente a mano, con una base de cartón y recubiertas con poliestireno, le toman alrededor de tres meses de trabajo. Hasta el momento ha fabricado cinco: una está en Medellín, otra en Cali, dos las conserva él y una es parte de una colección privada.



Ómar Zamora dirigiendo el evento del 4 de mayo.



Ómar Zamora y su esposa vestidos de *wookies*.



La primera cinta de la saga *Star Wars* se estrenó en diciembre de 1977

Esto es más que un pasatiempo, pues para Ómar también es la forma de homenajear a su tío, quien falleció poco tiempo después de introducirlo al mundo de *Star Wars* por medio de su emblemática banda sonora. Ómar se ha encargado de que Mando Mercs sea un grupo establecido y reconocido mundialmente, certificando los trajes de sus integrantes y siguiendo los parámetros oficiales de Disney, creados para que los más grandes aficionados hagan parte de comunidades en todo el planeta.

En cambio, Unidos por la Fuerza tiene un sentido completamente distinto, pues se centra en eventos para conmemorar las fechas especiales de la saga. Varios de esos eventos tienen

un propósito social y apoyan a fundaciones como Centro Amar y Mi Querido Emmanuel. "Es especial, pero a la vez es una realidad dura. A veces vamos a los hospitales y es bastante difícil ver niños quemados o con cáncer; es muy complejo. Entonces, lo hago de corazón. No espero nada a cambio", dice Ómar.

Ómar y su esposa tienen trajes que homenajean a los *wookies*, una especie de humanoides peludos de gran tamaño. Él se viste de Chewbacca, su personaje favorito, el fiel compañero de Han Solo en la saga. Su traje está valorado en casi 4 millones de pesos, ha trabajado en él por mucho tiempo y es muy elogiado en las convenciones. "Mi traje es uno de los mejores en el país; es muy parecido al que usó Peter Mayhew en la trilogía original", afirma. Lleva ocho años trabajando en el traje.

En el 2017, durante la Star Wars Celebration en Orlando, Florida, se contactó con Wookiee 5.0, el grupo internacional de trajes de la especie. También habló con sus amigos Charlotte y Brad Scott, esposos y líderes de grupos de fans de *Star Wars* en Estados Unidos. Con ellos logró conseguir apoyo para mejorar el traje básico que tenía y poder certificarlo.

El traje mide casi 3 metros y la melena está conformada por hebras de cabellos cocidos de 30 centímetros de largo. La máscara es de fibra de vidrio y las facciones del rostro son de porcelana fría. La ballesta es de madera y el arco es de aluminio. Las plataformas son de 40 centímetros de altura, hechas en tubos de PVC. Finalmente, las bases de los pies están hechas en fomi. "Todo está hecho a mano, es mi pasión", dice Ómar.

Otro de los primeros integrantes de los grupos es Jaime Vargas, conocido por su gran colección de objetos alusivos a la saga. "Mi colección es un cuarto completo, una cosa exagerada. Mi fuerte son las figuras de *Star Wars*", dice Jaime, quien busca adquirir todo lo relacionado con la saga, desde lapiceros y llaveros, hasta sables de luz y vestuarios. "Todo lo que veo va a parar a mi colección. Lo consigo en mercados de pulgas, intercambios y viajes. Todo es personal. Cuando fallezca, ojalá me entierren con la colección", agrega.

La saga hoy en día no solo cuenta con varias películas, sino también con series, animaciones y una red de fanáticos en todo el mundo



El casco de Jaime Vargas.



Figura del droide R2D2 hecha por Ómar Zamora.

Entre Ómar y Jaime hay más de cien años de pasión por este universo de historias cautivadoras. Adultos, jóvenes y niños han visto estas películas y ahora las series, enamorándose más de estos personajes y convirtiéndolos en modelos. Cada generación tiene su trilogía y en muchos casos los padres les pasan este legado a sus hijos.

En el caso de Santiago Trujillo, otro de los grandes coleccionistas de Unidos por la Fuerza, el legado de *Star Wars* no fue heredado de sus padres, sino que sus padres lo heredaron de él. Fredy Trujillo, el papá de Santiago, dice que “mi hijo tiene 16 años y desde los 12 colecciona todo tipo de cosas. Tiene VHS originales y figuras. Solo colecciona objetos que tienen o podrían llegar a tener cierto valor. Él nos metió en todo esto, nosotros empezamos acompañando y ahora somos fans”.

Star Wars es la puerta que tienen muchas personas para cumplir sus sueños, pero también de vivir la vida. Por ejemplo, Ómar Zamora cuenta que el día de su boda llegaron 18 amigos de la pareja disfrazados de personajes; mientras que Nicolás Cruz recuerda el momento en el que conoció a sus ídolos: “No te puedes imaginar la emoción de ver a todos los personajes y a George Lucas en la tarima. Tenía los pelos chinitos: le hicieron un homenaje a Carrie Fisher [la princesa Leia] que había muerto el año pasado. Su hija [Billie Lourd] terminó de dar un discurso muy nostálgico y, de repente, se abrió una cortina y ahí estaba John Williams [el compositor de la banda sonora] con la orquesta filarmónica de Orlando. Empezaron a tocar y yo no lo podía creer”, cuenta Nicolás, recordando el momento más especial que le ha regalado la saga.

En su casa, como muchos fans, Nicolás tiene un espacio dedicado a *Star Wars*, casi como un altar. Estos lugares resguardan los objetos y las memorias más atesoradas de los seguidores, convirtiéndolos en lugares casi sagrados. Su objeto más preciado es un póster enmarcado exclusivo de la celebración del 2017, acompañado de su gafete de prensa del evento.

Star Wars no es solo una historia sobre galaxias y sables de luz, es una manera de estar en comunidad, es una familia. Mientras haya



Modelos a escala de las naves de la saga.



Santiago Trujillo junto a su colección.



Póster y gafete de la celebración del 2017 enmarcados.

alguien que diga “Que la Fuerza te acompañe”, seguirá siendo una forma de vivir, recordar y creer en las causas perdidas, porque de eso se trata la historia.

La saga continúa más allá de las películas, en las manos de los que construyen sus trajes, en las vitrinas de los coleccionistas y en los hospitales donde un *wookiee*, *stormtrooper* o un *jedi* arrancan una sonrisa. **DB**

Sueño de Transmi

Por: Paula Sofía Rodríguez Bolívar
psofiarodriguez@javeriana.edu.co





Fotoensayo

Encuentro nocturno.
Foto: Alejandro Ballén Lobo.
a.ballenl@javeriana.edu.co



ISSN 1692-8121



9 771692 812004